El hijo del Coyote
JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Capítulo primero

El precio de una cabeza

Patricio Sorenas sabía adonde iría aquella noche *El Coyote.* Sabía que el misterioso enmascarado presentaríase en casa de doña Fermina a eso de las doce para entregarle el dinero que la mujer necesitaba para pagar los malditos impuestos y volver a comprar los caballos, la vaca lechera, el cordero y la oveja, los aperos de labranza y todo cuanto había convertido en vino su difunto antes de partirse la cabeza contra un guardacantón y dejarla a ella y a su hijo libres de su presencia, nada grata, por cierto, y también libres de la presencia de todo cuanto tenia algún valor. Sólo la casa, única dote de Fermina, no fue vendida. Era una casa vieja, de las primeras que se construyeron en Los Ángeles; pero era sólida y debía resistir de tal forma el curso de los años, que muchísimo tiempo después de haber marchado Fermina a reunirse con su marido, la casa seguiría en pie, convertida en monumento público y en archivo histórico.

Pero, al quedar viuda, Fermina estuvo tentada de vender la casa, aunque sólo fuera para cubrir las más imperiosas necesidades. No lo hizo porque en aquellos tiempos nadie hubiera pagado mil pesos por aquella casucha que si era del más puro estilo colonial español, por entonces aún se consideraba anticuada y de mal gusto, como se consideraba de mal gusto vestir a la moda del país, y por nada del mundo se hubiera puesto un traje californiano el excelentísimo gobernador de California. Setenta años más tarde, la gente admiraría la belleza de la casa y el gobernador de California se presentaría en más de diez ocasiones vistiendo el elegante traje típico.

Con ayuda de los vecinos y de algunos parientes, Fermina pudo enterrar a su marido y, a pesar de que no le debía más que disgustos y angustias, lloró algunas lágrimas verdaderas sobre su tumba y hasta insinuó, tímidamente, que no había sido siempre un mal marido. Esto provocó algunas sonrisas entre los presentes, sonrisas que fueron atajadas por la fría mirada de fray Andrés, que asistió a la ceremonia.

Todos se preguntaron cómo saldría adelante Fermina, cuyo hijo era aún demasiado pequeño para ayudarla.

Patricio Sorenas también se lo preguntó; pero abandonó en seguida aquel asunto para preocuparse de sus propios problemas, que eran lo suficientemente graves para absorber por entero las fuerzas de su cerebro.

Aquella mañana Patricio Sorenas tuvo que olvidar sus preocupaciones ante la inesperada noticia que le dio Fermina. Apenas salió de su casa la vio acudir hacia él con la alegría reflejada en el rostro y temblando en sus labios esta noticia:

-¡Ayer noche me visitó *El Coyote*!

Con palabras entrecortadas fue relatando lo ocurrido. *El Coyote* había llegado cuando ella, después de acostar a su hijo, estaba sentada en el pequeño patio, buscando una solución a los difíciles problemas que la abrumaban. De súbito oyó un roce contra las ramas de los rosales que crecían en el fondo del jardín, y al levantar la cabeza vio ante ella a un hombre. La luz que llegaba del interior de la casa reflejóse en su rostro, permitiendo observar a Fermina que lo llevaba cubierto con un antifaz. Luego, al fijarse en el traje que vestía el enmascarado, adivinó su identidad:

-*¡El Coyote!*

Había llegado allí de paso hacia otro sitio. Quería averiguar cuál era su situación económica. Cuando la conoció con todo detalle, aconsejó a Fermina que no se preocupara. Al día siguiente él mismo le llevaría lo bastante para que pudiese comprar los caballos y todo cuanto su marido había vendido. Además, le dejaría lo suficiente para poder subsistir unos meses, hasta que su trabajo diera fruto. Prometiéndole velar siempre por ella, *El Coyote* saltó de nuevo la tapia y Fermina le oyó alejarse al galope.

-¿Verdad que parece imposible, Patricio?

-Sí... parece imposible -había murmurado Sorenas.

Fermina, comprendiendo que su misma alegría hacía daño al pobre hombre, se contuvo y luego preguntó:

-¿Cómo sigue Pilar?

-Igual. No se rehace.

-Estoy segura de que lo ocurrido ha sido por su bien. Lo dice el refrán: no hay mal que por bien no venga. Hay mas hombres. Ese Bill no era el único. Una muchacha tan linda ha de encontrar partidos mejores.

-Eso creo yo -replicó, cansadamente, Patricio Sorenas.

Se fue doña Fermina con el cuerpo temblándole de alegría, y Sorenas, sentado a la puerta de su casa, empezó a pensar. Cuando en la desgracia el hombre no tiene resignación, no acepta como voluntad de Dios cuanto le ocurre, y no se entrega a sus deseos, inevitablemente el mal entra en su alma y su cerebro es turbado por el rencor. Por eso, Patricio Sorenas, en vez de confiar en el Todopoderoso, comenzó a dar vida a un proyecto que, si en un principio le llenó de terror, luego, a medida que iban pasando los segundos, se le fue apareciendo más y más factible, hasta el punto de que al terminar las sombras su recorrido matinal y estar el sol en el cénit, Patricio Sorenas había alcanzado ya su decisión.

Él sabía dónde estaría aquella noche, a las doce, poco más o menos, *El Coyote.* Y, si mal no recordaba, se ofrecían más de diez mil pesos a quien entregara vivo o muerto al *Coyote,* o simplemente facilitara los informes precisos para llegar a detenerle. Aunque sólo fuesen diez mil pesos, con ellos podría hacer muchas cosas. Podría llevar a su hija a San Francisco o a Sacramento, o incluso a Nueva Orleans, donde hallaría tantas distracciones que, sin duda alguna, olvidaría a aquel maldito Bill Himes que la había abandonado para ir, según él dijo como excusa, en busca de oro.

Patricio Sorenas entró en su casa y fue al cuarto donde estaba su hija. Pilar Sorenas se hallaba sentada en una vieja mecedora, ocupada en una difícil labor de bolillos.

Desde el principio del pasillo la vio bañada por la intensa luz del mediodía. ¡Qué hermosa era! ¡Y cuan frágil le parecía! Hasta un mes antes, Pilar había sido una muchacha fuerte, llena de vida y de ilusiones. Ya no quedaban ni fuerzas ni ilusiones, y Patricio Sorenas temía que ni siquiera quedase mucha vida. No podía comprender que la pérdida de un amor significara tanto para un ser humano. De saber dónde estaba aquel Bill Himes, hubiese ido a buscarlo para suplicarle que regresara junto a Pilar, pero, si era cierta la excusa que había dado, podía estar en cualquiera de los infinitos yacimientos de oro de California y buscarlo seria como tratar de encontrar una aguja entre la paja.

Patricio, no siguió adelante. Le asustaba verse frente a su hija, ante aquellos ojos que miraban sin ver, aquella débil sonrisa que era casi una mueca, aquellas manos que movían sin prisa los bolillos y que parecían transparentes. No, le daban menos miedo otras cosas.

De nuevo fuera de su casa, Patricio Sorenas emprendió, poco a poco, el camino hacia Los Ángeles. Aún no había decidido firmemente lo que iba a hacer; pero en realidad su decisión estaba ya tomada. Sólo quería hallar una justificación a su proyecto.

Sorenas vivía algo apartado de la ciudad, y como su paso era lento, debía tardar, al menos, una hora en alcanzar su meta. Le sobraba tiempo para ir meditando. No le sería fácil hallar una justificación. Traicionar al *Coyote* sólo estaría justificado en un yanqui, no en un viejo californiano. Él lo era. Sus abuelos llegaron a California desde Méjico, prosperaron allí, y luego, por culpa de él principalmente, habían ido decayendo. Nunca había sido un hombre enérgico. No supo aprovechar las magníficas oportunidades que se le ofrecieron. Durante los años que siguieron a la ocupación norteamericana había buscado en aquel hecho la justificación de sus desgracias. No quiso admitir nunca que la culpa era únicamente suya.

Poco a poco se fue dando cuenta de que odiaba al *Coyote.* Sí, le odiaba porque nunca le socorrió. *El Coyote* había ayudado a muchos; pero nunca quiso ayudarle a él. Sin duda le despreciaba. Sí, eso debía de ser. Le despreciaba porque no era rico, porque no tenía una gran hacienda, porque no le había alabado nunca. Por eso *El Coyote* gastaba su oro en seres como doña Fermina, en vez de ayudar a quienes más lo necesitaban.

Pero ya demostraría él al *Coyote* que había cometido un error al negarse a ayudarle. Si *El Coyote* no buscaba su amistad, él no tenía por qué serle fiel. ¿No daban más de diez mil dólares a quien denunciara al *Coyote*? ¿No podía decir él dónde se encontraría aquella noche *El Coyote*? Entonces podía denunciarlo tranquilamente, cobrar el premio que se ofrecía por su cabeza y vivir alegremente lejos de Los Ángeles y de todos aquellos imbéciles que sólo tenían palabras de alabanza para aquel bandido.

Interrumpió un momento sus meditaciones para saludar a don César de Echa-güe, que llegaba de Los Ángeles, montado en uno de sus excelentes caballos, y que al verle se detuvo, preguntando:

-¿Cómo está Pilar? Me dijeron que no se encontraba muy bien.

-Sigue mal, don César -respondió Patricio-. Cada día más débil y con menos apetito...

-Lo siento de veras, Patricio. En cuanto llegue a casa le diré a Lupe que te envíe algo apetitoso para tu hija. Y de ahora en adelante pasa cada día por el rancho y Lupe te dará lo que necesites. Ya verás como todo se le pasa en cuanto vuelva el novio.

-Mucho me temo que él no vuelva nunca más, don César -suspiró Sorenas-. Dijo que se iba a buscar oro; pero yo creo que lo dijo por decir algo y que nunca pensó en volver. Cuando Pilar se encaprichó de él ya pensé que no podía salir bien. Los yanquis y nosotros no somos iguales.

-Todos somos iguales, Patricio -replicó César.

-A los ojos de Dios, tal vez sí.

-Quien no se considera igual a los demás, o se considera inferior o superior, en ambos casos comete una falta grave. Estoy seguro de que Himes volverá. Entretanto, haz lo que te he dicho.

-Tal vez no sea necesario, don César -replicó Sorenas-; pero, de todas formas, le agradezco su interés. Vaya usted con Dios, señor.

-Adiós, Patricio.

Sorenas continuó su camino. Don César sí que era un buen

amigo. Seguro que si él supiera su situación le ayudaría, como le había ayudado otras veces; pero no podía acudir a él, porque don César lo consideraría un abuso.

Al pensar en César de Echagüe, Sorenas sintió aumentar su odio hacia *El Coyote.* Don César no era amigo del misterioso bandido. Éste le había jugado malas pasadas. Seguro que si él hubiese dicho a don César que iba a denunciar al *Coyote,* le hubiese felicitado; pero una cosa así era mejor no divulgarla. Valía más no decir nada a nadie y presentar la denuncia a don Teodomiro, el jefe superior de policía. Por la cuenta que le tenía, Mateos tampoco diría nada, y, si le era posible, procuraría quedarse con la gloria de haber detenido al *Coyote.* El principal temor de Sorenas era que alguno de los cómplices del *Coyote* llegara a enterarse de quién había presentado la denuncia y vengara a su jefe. Pero si Mateos quería, nadie sabría nada.

Por un momento, al llegar ante el edificio donde estaba instalado el reducido cuartel general de la policía de Los Ángeles, Patricio Sorenas vaciló. ¿Era justo lo que iba a hacer?

La vacilación fue breve. Un momento después Sorenas entraba en la casa y, tras breve espera, fue introducido en el despacho de Teodomiro Mateos.

-¿Qué deseas, Patricio? -preguntó el policía.

-Vengo a hacerle una proposición -replicó el otro.

-¿Una proposición? ¿Buena?

-Excelente. Sobre todo para usted.

-Habla claro y veremos si tienes o no razón.

-¿Le gustaría detener al *Coyote!*

Antes de replicar, Mateos miró fijamente a Sorenas. quien, por un momento, sintió un nuevo temor y fue asaltado por una sospecha terrible. ¿No sería Mateos el propio *Coyote*? No, no podía ser; pero...

-Claro que me gustaría detenerle -dijo en aquel instante Mateos-. ¿Dónde lo tienes?

-No lo tengo -siguió Sorenas-; pero sé dónde se encontrará esta noche.

-¿Dónde?

Patricio Sorenas sonrió. ¿Era posible que el jefe de policía le creyera tan ingenuo como para entregar así como así un descubrimiento tan importante?

-¿Dónde estará esta noche *El Coyote*? -insistió Mateos.

-Un momento, señor -replicó Sorenas-. Creo que dan un gran premio a quien entregue vivo o muerto al *Coyote* o. por lo menos, proporcione los medios de detenerlo.

-¡Ah! Ya comprendo. -Mateos sonrió burlonamente y preguntó-: ¿Cuánto quieres por tus informes?

-¿Cuánto ofrecen?

-Te he preguntado que cuánto quieres.

-Diez mil pesos.

-Demasiado.

-Sé que ofrecen muchísimo más.

-Pero hay que cogerle, y una de las cosas realmente difíciles es

detener al *Coyote.* Eso ya debieras saberlo.

-Puedo reunir amigos y con ellos detenerle.

-Desde luego, puedes intentarlo. Tráeme al *Coyote* muerto o bien atado y recibirás algún día el premio; pero, como lo tendrás que repartir con los que te ayuden, no te corresponderán ni dos mil pesos.

-Ya lo sé; por ello he venido a verle a usted para proponerle que trabajemos unidos. Usted podrá cobrar en seguida el premio.

-¿Y si te ofreciera sólo la mitad? Cinco mil pesos es mucho dinero para ti.

-No, señor Mateos. Sólo diez mil pesos. Y quiero recordarle que aún me queda otra solución. Puedo visitar al coronel que manda las fuerzas militares y hacerle la misma oferta que le he hecho a usted. Él puede utilizar los soldados.

-Está bien, Sorenas, acepto. Podría regatear un poco más; pero perderíamos el tiempo y, realmente, el premio es lo bastante importante para que pueda haber para todos.

-¿Me firmará un papel diciendo que yo le he proporcionado los informes para detener al *Coyote* y que me entregará diez mil pesos?

-Desde que llegaron los yanquis, los californianos hemos cambiado mucho -suspiró Mateos-. Antes bastaba una palabra de honor, en cambio ahora, se necesita esa misma palabra impresa en un papel. Te la daré. Y cuéntame ya dónde estará *El Coyote* esta noche.

-No se ofenda, señor; pero le agradecería que antes me entregara el papel. Me sentiría más tranquilo.

Encogiéndose de hombros, Mateos sacó un papel y escribió en él lo que Sorenas deseaba. Cuando lo hubo firmado se lo tendió a su visitante y preguntó:

-¿Por qué denuncias al *Coyote*?

-Porque necesito dinero y no sé cómo obtenerlo. Si existiera otro medio, no lo haría.

-Lo creo. Ahora dime de una vez dónde estará esta noche *El Coyote.*

Capítulo II

El hijo de don César de Echagüe

Cuando llegó al rancho, César de Echagüe saludó con la mano al hombre que estaba paseando por el jardín adyacente a la casa. Dejando el caballo en manos de un criado, fue al encuentro de su visitante.

-¡Fray Jacinto! ¡Nunca se imaginará la alegría que me ha dado! En cuanto recibí el aviso de que estaba usted en el rancho vine sin perder un segundo.

El fraile de la vieja misión franciscana de San Juan de Capistrano estrechó fuertemente la mano de don César. Eran muy viejos amigos, y bajo los arcos de la misión y en su jardín encontró años antes don César la paz que anhelaba su espíritu[1].

-Don César, he venido sólo por breve tiempo a Los Ángeles; pero antes de entrar en la población quise detenerme en su casa, aceptando la invitación que recibí de usted hace tantos años.

-Temí que me hubiera olvidado.

-¿Cómo olvidar a un hombre cuyo nombre está en todos los labios?

-Nadie habla de don César de Echagüe -sonrió el dueño del rancho.

Bajando la voz, el franciscano replicó:

-Pero todos hablan del *Coyote.*

-Tal vez debiera haber muerto.

-Eso su conciencia se lo ha de decir. No he venido a reprenderle ni a convertir mi visita en indeseada. Sólo podré permanecer aquí hasta las tres o las cuatro de la tarde y quiero que, si no volvemos a vernos en este mundo, guarde un buen recuerdo de mí.

Fray Jacinto calló unos instantes y de pronto comentó:

-Su hijo parece un muchacho muy inteligente.

-Debiera serlo, si se tiene en cuenta lo que he gastado en su educación.

-Pero no siente gran admiración por su padre -siguió el fraile.

-La juventud moderna no admira a sus mayores. Pasaron ya los buenos tiempos en que un padre era, para su hijo, la representación de Dios en la tierra.

-Su hijo, don César, no le admira porque no responde usted a su ideal heroico. En cambio, es un apasionado del *Coyote.*

-No es el único que admira al *Coyote* y desprecia a César de Echagüe -dijo César.

-¿No conoce su verdadera identidad?

-Ya ha visto que no. Sería inconcebible que sabiendo quién era *El Coyote* no admirase a su padre.

-¿Cree que hace bien permitiendo que su hijo ignore su secreto?

-No puedo exponer mi vida dejando que mi identidad sea conocida por un chiquillo.

-Es que su hijo, don César, no es como los demás. Posee un gran sentido de las cosas y es peligroso seguir con él idéntico plan que con los demás. Algún día ha de conocer la verdad, y entonces tal vez se resienta de la falta de confianza que se le ha demostrado.

-Viene usted dispuesto a aumentar mis inquietudes, fray Jacinto.

-Tiene usted razón, don César. Perdóneme. Pero es que he estado hablando con su hijo y me ha asombrado su carácter, su inteligencia, y a la vez que me ha asustado lo he comprendido. Habla del *Coyote* como de un héroe, y en cambio se enfría al mencionar a su padre. Opina que los grandes hacendados de California deberían imitar al *Coyote.*

---

[1] Véase *La sombra del Coyote.*

-Son muchos los que así opinan. Mi hijo cambiará cuando sea mayor. Cuénteme algo de lo que ocurre en San Juan de Capistrano.

-Las cosas marchan mal allí, don César. La misión se arruina.

-Recibirá usted lo suficiente para reconstruirla. Debió habérmelo hecho saber antes.

-Gracias, don César; con lo que recibimos de usted nos basta para vivir. No haga nada más.

-¿Por qué? ¿Es que no quiere aceptar mi ayuda?

-Si las misiones fueran salvadas por un solo hombre, la voluntad de Dios sería burlada. Si el pueblo a quien deben favorecer no les presta su apoyo, es mejor que perezcan; pero estoy seguro de que el pueblo que nos abandonó volverá a nosotros. Y quizá cuanto más pobres y desvalidos nos encuentre, mayor será su deseo de reparar sus faltas.

En aquel momento apareció Guadalupe, anunciando:

-La comida está ya preparada, don César.

-Gracias, Lupe. Tendrás que hacerme un favor. Al venir aquí me crucé con Patricio Sorenas. Su hija está muy desmejorada a causa de un sufrimiento amoroso. Envíale algo bueno de comer, y si el padre no viene todos los días a buscar lo que le he ofrecido, cuida de que a la muchacha no le falten alimentos sanos y apetitosos. El padre es un poco orgulloso y tal vez no quiera venir a mendigar.

-Encargaré que todos los días le lleven algo y esta tarde iré a visitar a Pilar. Tiene mucha destreza en hacer encajes. Le encargaré una buena cantidad y así se distraerá.

Mientras Guadalupe marchaba hacia la casa, César y fray Jacinto la siguieron más despacio. El franciscano había observado atentamente a la mujer y, de pronto, preguntó:

-¿Ha pensado usted en casarse de nuevo, don César?

-¡Eh! No, no lo he pensado. ¿Por qué?

-Hace muchos años que perdió usted a su esposa. Un hombre está obligado a vivir en el matrimonio. Además, una casa como la suya necesita la mano directora de una mujer.

-Lupe se encarga de todo -replicó César.

-¿Acaso... ella...?

César volvióse rápidamente hacia el franciscano.

-Fray Jacinto: respeto demasiado a Guadalupe para ofenderla de esa forma. Ella sola es la dueña de este rancho. Conoce mi doble personalidad y yo no encontraría otra que pudiera serme más fiel.

-¿Por qué no se casa con ella?

Don César se volvió hacia el franciscano.

-¿Por qué me pregunta eso? -inquirió.

-Creo que el matrimonio entre ustedes sería una buena solución para todos; es decir, para usted, para ella y para el niño. Le hace falta una madre que lo guíe en los difíciles pasos que le aguardan.

-Alguna vez he pensado en eso, fray Jacinto -replicó César-. Yo hubiera odiado a mi padre si me hubiese dado otra madre. Creo que mi hijo me odiaría a mí si yo...

-Su hijo no conoció a su madre -recordó el fraile-. Si esa joven lo ha criado como si fuera su hijo...

-Tampoco me gustaría ofender a Lupe ofreciéndole un matrimonio en que todas las conveniencias y ventajas fuesen para mí. Le profeso demasiado aprecio.

-¿Y ella a usted?

-Nació en este rancho y ha sido siempre fiel a mi familia. Leonor la quería como a una hermana y cuando yo quedé solo nadie me ayudó tanto como ella; pero eso no quiere decir que me ame.

Bajando la mirada hacia sus sandalias, fray Jacinto declaró:

-Vivo apartado del mundo, y no debiera hablar como voy a hacerlo; pero no puedo por menos de decir que mis ojos han visto en ella a una de las mujeres más hermosas con que me he cruzado. No deben de haberle faltado pretendientes.

-Creo que algunos tuvo.

-¿Eran indígenas o gente mísera?

-Hubo algunos muy ricos.

-¿Por qué los rechazó?

-Dijo que no la atraían.

-¿Y prefirió seguir siendo criada en este rancho?

-No es una criada -protestó César.

-Para el mundo entero lo es. Gana un sueldo y puede ser echada de aquí en cualquier momento. Si no por usted, por su hijo, el día que llegue a ser dueño de todo esto.

-Eso lo arreglo yo en mi testamento.

-No creo que ella quisiera permanecer aquí después de su muerte. He observado atentamente a esa muchacha. Aún es joven. Sin embargo, en sus ojos se lee una infinita resignación, como si ya nada esperase de la vida y se contentara con lo que tiene.

-Es usted muy sagaz, fray Jacinto -sonrió César de Echagüe.

Habían llegado a la terraza que dominaba el jardín y bajo el emparrado se encontraba una mesita a la que uno de los peones del rancho había llevado un rezumante jarro de rojo barro, junto con unos vasos.

-Espero que aceptará un vaso de ese aperitivo -dijo César, arrastrando hacia la mesa a su visitante-. En su honor está compuesto sólo de hierbas amargas y de agua azucarada. A mis visitantes vulgares se lo ofrezco reforzado con aguardiente.

Bebió el fraile el contenido de su vaso y luego preguntó:

-¿Por qué me dijo que yo era muy sagaz?

-Porque ha comprendido muchas cosas; pero no olvide... -al llegar aquí César bajó la voz-. No olvide que yo también soy *El Coyote,* que tengo unas obligaciones, y que una mujer en mi vida podría ser una terrible rémora y hasta un peligro.

-¿Y no sería ya tiempo de que muriese *El Coyote*? Estas tierras están cada día más pacificadas. Ya no ocurren las cosas que ocurrían a raíz de la ocupación. Hay ley...

-Fray Jacinto, sabemos que hay ley porque cualquiera puede burlarla. O, mejor dicho, porque las autoridades nos dicen continuamente que se ha burlado esta o aquella otra ley. Creo que aún no ha llegado el momento de que *El Coyote* muera.

-Usted es el más indicado para decidir sobre eso, don César. Excelente aperitivo. Creo que haré honor a su mesa.

Cuando entraron en el comedor, después de lavarse las manos en grandes jofainas de plata, el hijo de César de Echagüe aguardaba ya junto a Lupe. Don César lo miró un momento y se dijo que hasta entonces se había ocupado muy poco del pequeño. Absorto en sus asuntos, muchas veces casi había olvidado la existencia del pequeño César.

Después de la bendición de los manjares por fray Jacinto, se sentaron todos a la mesa. Don César, mirando a su hijo, que se sentaba a su derecha, le preguntó:

-¿Es verdad lo que me ha dicho fray Jacinto acerca de tu admiración por *El Coyote!*

El niño miró, escandalizado, al fraile, como si le reprochara haber violado un secreto de confesión. Sin embargo, contentó con voz firme:

-Es verdad que *El Coyote* me parece un hombre valiente.

-No se puede negar que es valiente -admitió César, sonriendo-. ¿Te gustaría encontrarte en su lugar?

-Sí

-No podrías vivir como ahora vives -dijo César.

-Esta vida no es bonita -replicó el niño-. Yo me aburro mucho.

-Eso quiere decir que estudias muy poco -reprendió fray Jacinto.

-Estudia demasiado -dijo Lupe-. Y el tiempo que le queda libre lo emplea en leer libros de toda clase.

-Malo -intervino fray Jacinto-. Los libros de toda clase no son los más apropiados para un niño. Tendremos que revisar tus lecturas.

-Ya lo hará en otra ocasión, fray Jacinto -dijo Lupe, que sabía que muchas de las lecturas del pequeño César hubieran merecido la desaprobación del fraile.

-Si fueras *El Coyote,* tendrías que llevar una doble vida -comentó César de Echagüe.

-¿Por qué? -preguntó, desafiador, su hijo.

-Porque si fueras siempre vestido como *El Coyote* todo el mundo te conocería y entonces no podrías hacer lo que él hace. ¿No es cierto, fray Jacinto?

-Sí, es cierto -replicó el franciscano-. *El Coyote,* a quien yo conozco íntimamente, no es en la vida normal idéntico a cuando viste su disfraz.

-¿Cómo es de verdad? -preguntó el hijo de don César.

-Tan distinto de como tú te lo imaginas que no puede serlo más.

Lupe dirigió una inquieta mirada a César de Echagüe. Éste, comprendiendo sus temores, la tranquilizó con una sonrisa.

-¿Es malo? -siguió preguntando el pequeño.

-No; pero tampoco es un héroe. Los que lo conocen bajo su apariencia de hombre normal le creen incapaz de realizar heroicidades.

-Y así tendrías que ser tú -dijo César a su hijo-. Tendrías que parecer tímido, casi cobarde. ¿Te gustaría?

-Claro -contestó, no muy convencido, el niño.

-Me parece que no te gustaría -siguió su padre-. Piensa que para

poder ser verdaderamente *El Coyote* tendrías que no parecerlo. Y si cuando te vieran con el antifaz y tu traje, todos te alabarían, en cambio cuando aparecieses bajo tu otro aspecto, se reirían de ti. Y no podrías decir que tú eras *El Coyote,* porque entonces, como se ofrecen veinticinco mil dólares por su cabeza, todos se apresurarían a detenerte para cobrar el premio. O sea que cuando escucharas alabanzas dirigidas al *Coyote* no podrías hacerlas tuyas. Y cuando oyeses que se burlaban de ti, no podrías abrumarles con la declaración de que tú eres nada menos que *El Coyote.*

El chiquillo miraba a su padre como si no pudiera dar crédito a lo que le decía.

-Así es, hijito -intervino fray Jacinto-. No es que yo apruebe todo cuando hace *El Coyote;* pero en cambio sí le admiro por el desinterés con que lo hace. No saca ningún beneficio material, y tampoco saca ninguno de vanidad satisfecha. Los seres humanos, o sea tú, yo, tu padre, y todo el mundo en general, hacemos el bien con la esperanza de que nos lo premie Dios; pero también con el deseo de que los hombres nos lo agradezcan un poco. Son raros los casos en que un hombre se pone a hacer el bien sin preocuparse de los beneficios que puede obtener en este mundo.

-No se esfuerce, fray Jacinto -dijo César de Echagüe-. Es demasiado pequeño para comprender esas cosas. A su edad se tiene una visión muy equivocada del mundo.

El hijo de César de Echagüe miró a su padre y sintió unos irresistibles deseos de gritarle que era él quien tenía una visión equivocada del mundo, que insistía en verlo como un lugar al que sólo se ha venido a vivir bien en vez de portarse como se portaba *El Coyote,* ayudando a todo el mundo sin esperar ningún beneficio ni agradecimiento.

Durante la comida, el muchacho siguió sumido en sus meditaciones. Sabía que a su padre le respetaban mucho por su dinero; pero en cambio nunca había oído referir de él hechos heroicos. Algunos de sus amigos le habían dicho que en Los Ángeles le llamaban don César el Prudente, que desmentía la leyenda de su escudo, que rezaba así: DE VALOR SIEMPRE HIZO ALARDE, LA CASA DE LOS ECHAGÜE.

Cuando terminó de comer, despidióse de fray Jacinto y subió a sus habitaciones a estudiar. En el comedor quedaron el fraile y don César, bebiendo el café que les sirvió Guadalupe.

-¿Cuándo regresa a Capistrano? -preguntó César.

-Mañana, si no ocurre nada anormal o inesperado. Me gustaría pasar más tiempo aquí; pero me reclaman muchas obligaciones en la misión.

Don César se levantó y dirigiéndose a un antiguo buró lo abrió y de uno de los cajones sacó una gran cantidad de billetes de banco. Retiró una parte del dinero y el resto se lo entregó a fray Jacinto.

-Tome, para sus indios -dijo-. Le daría el total, pero esta noche he de entregar cierta suma a una pobre mujer que la necesita mucho.

-Lo acepto sin protestar porque sé que, de lo contrario, usted se sentiría ofendido, don César -dijo el fraile-; pero realmente hace usted

demasiado. Es usted muy bueno.

-Lo dice usted con una convicción que aunque sólo fuese por oírselo repetir le daría otros tres mil pesos.

-Mi reconocimiento de su buen corazón es el único premio que yo puedo darle -sonrió el franciscano-. El Señor le premiará, en su día, como usted merece. Adiós, don César. Señorita Lupe, ha sido un placer verla de nuevo.

Guadalupe y César acompañaron al franciscano hasta el patio, donde aguardaba ya el carruaje que Lupe había hecho preparar para el fraile.

Cuando fray Jacinto se hubo perdido de vista, Guadalupe anunció:

-He hecho que le lleven a Pilar Sorenas lo que usted me encargó. Ahora iré a visitarla.

-Gracias, Lupita. ¿Sabes que fray Jacinto me ha hablado mucho de ti?

-Es un verdadero santo -replicó Lupe, bajando la mirada, sin atreverse a inquirir el motivo que había movido al fraile a hablar de ella.

César estuvo a punto de seguir hablando; pero se contuvo y, variando el tema mentalmente iniciado, declaró:

-También me ha hablado del pequeño. Parece que yo no he sido un gran padre.

-Tal vez no -dijo, inesperadamente, Lupe.

-¿Qué he hecho de malo?

-No ha ganado la amistad del muchacho. César es menos niño de lo que usted se imagina. Tiene hondas inquietudes y preocupaciones que parecen impropias de él. Y, sobre todo, tiene un temor que me ha expuesto una sola vez, pero del que creo que no se ha visto nunca libre.

-¿Cuál?

-No sé si debo decírselo.

-Por favor, Lupe, no me compliques la existencia con esos misterios. Estoy temiendo que he sido un padre desastroso. ¿Qué temor tiene mi hijo?

-El de que usted le odie.

-¿Qué yo le odie? No comprendo... ¿Por qué iba a odiar a mi hijo?

-Él sabe que su nacimiento costó la vida a la señora. Y sabe que usted la amaba y cree que usted le hace culpable de su muerte.

César miró, horrorizado, a Lupe.

-¿Es posible que ese crío piense esas cosas?

-Las piensa.

-¡Caramba! ¿Y qué puedo hacer yo?

-Ganar su cariño.

-¿No lo he ganado dándole cuantos caprichos ha podido tener?

-Supongo que no. Y ahora adiós, don César. Debo ir a ver a Pilar.

-Adiós, Lupita.

Al marcharse Lupe, César regresó lentamente al rancho. La vida era más complicada de lo que la gente se imaginaba. Súbitamente se hallaba ante dos terribles problemas: el de su hijo y el de Lupe. Comprendiendo que el segundo sería de más difícil solución que el

primero, lo reservó para otra ocasión y decidió ocuparse del de su hijo. ¿Qué podría hacer él para que el niño le quisiera? Era necesario hacer algo en seguida. Una vez hubiese empezado le sería fácil continuar. Pero el principio debía ser muy eficaz.

Entró en su despacho y, con las manos a la espalda, comenzó a pasear lentamente. Trataba de recordar qué cosa le hubiese hecho a él muy feliz cuando tenía la edad de su hijo.

Cuando ya desistía de hallar la respuesta, ésta le llegó inesperadamente. Cinco minutos más tarde César de Echagüe subía a la habitación de su hijo. Su entrada fue tan inesperada que el muchacho no tuvo tiempo de ocultar el libro que estaba leyendo, logrando, con su azoramiento, que César se fijara más en él. Era una de las novelas de capa y espada, tan en boga en aquellos tiempos.

Haciendo como que no se fijaba en que su hijo *estudiaba* en aquel libro, César se sentó frente a él y anunció:

-Eres ya un hombre, pequeño. Hoy he estado pensando en ti y me he preguntado si, además de ser un hombre, tú te considerabas ya mayor. No basta tener edad de hombre; para serlo hay que sentirse hombre.

-Yo me siento hombre -replicó el muchacho.

-Entonces quizá ya sea tiempo de que empieces a practicar con esto -y César de Echagüe dejó sobre la mesa un revólver de seis tiros, calibre 32, enfundado en una elegante pistolera mejicana que pendía de un cinturón canana en el que había unos cincuenta cartuchos.

La alegría que llenó los ojos del chiquillo hizo comprender a su padre que su elección del regalo había sido plenamente acertada. Por un momento el niño vaciló; pero cuando su padre le tendió la mano la estrechó fortísimamente y en seguida desenfundó el arma y la contempló, cxtasiado. Era un revólver de acción simple, con toda la superficie llena de incrustaciones en plata y cachas de marfil con una cabeza de cornilargo en cada una.

-¿Vamos a probar tu puntería? -preguntó luego César-. Hace años yo utilizaba un cobertizo en el cual me pasaba varías horas quemando pólvora.

Media hora más tarde el viejo cobertizo temblaba a causa de los disparos que se hacían dentro de él, y el pequeño César de Echagüe se llevaba la mayor sorpresa de su vida viendo cómo disparaba su padre, al que jamás hubiera creído capaz de apagar seis velas de otros tantos disparos.

Capítulo III

Una trampa contra *El Coyote*

Guadalupe llegó a casa de Sorenas mucho más tarde de lo que había imaginado. Diversos encuentros con personas a las que no veía en mucho tiempo la entretuvieron, y eran casi las ocho de la noche cuando Pilar Sorenas le abrió la puerta de su hogar.

A las nueve, después de escuchar las palabras de agradecimiento de la joven y de haberle encargado una abundante colección de trabajos de bolillos, Lupe se disponía a marcharse; pero en aquel momento llegó Patricio Sorenas.

-Buenas noches, señorita Lupe -saludó.

Estaba de muy buen humor, lo que extrañó tanto a Pilar como a Guadalupe, ya que en los últimos tiempos Sorenas había extremado su actitud de rencor contra el mundo entero.

-Ya no será preciso que nos traiga nada más -agregó el hombre-. Pronto tendré yo lo necesario.

-Me alegro por usted, Sorenas -dijo Lupe-. ¿Algún buen trabajo?

-Sí, uno muy bueno... muy bueno. Dígale a don César que le estoy muy reconocido por todo. Y no se entretenga usted mucho por aquí, señorita. Son malos lugares. Sobre todo esta noche.

-¿Por qué esta noche, papá? –preguntó Pilar-. Nunca ha ocurrido aquí nada anormal. La señorita Lupe va a creer que vivimos rodeados de bandidos.

-Esta noche ocurrirá algo, señorita -replicó Patricio Sorenas-. Le aconsejo que vuelva al rancho antes de que lleguen los cazadores.

-¿Qué cazadores? -preguntó Lupe.

-Unos cazadores -respondió Sorenas-. Pronto llegarán. Pronto.

Lupe se puso en pie y, después de despedirse de Pilar y de su padre, salió de la casa y subió al cochecillo en que había ido hasta allí.

Durante la primera mitad del camino tuvo el pensamiento ocupado en otros asuntos; pero a medida que se iba acercando al rancho empezó a recordar con más insistencia lo que había dicho Patricio Sorenas. Cuando al fin vio las luces del rancho de San Antonio obligó al caballo a marchar más de prisa y en cuanto estuvo en el patio saltó al suelo y corrió al interior de la casa. Subió de dos en dos los escalones y dirigióse al cuarto de César de Echagüe. Llamó con los nudillos a la puerta, anunciando:

-Soy Lupe, don César. Abra en seguida.

Nadie contestó. Lupe llamó de nuevo y, al fin, trató de abrir la puerta. Estaba cerrada por dentro; pero el silencio con que era acogida su llamada indicaba que don César estaba fuera del rancho. Y si a aquellas horas don César no estaba en su casa, lo más probable era que *El Coyote* anduviese por el mundo.

Sin esperar más, Lupe fue a su cuarto, cogió una llave, y

volviendo a salir, bajó a los sótanos, abrió la puerta que comunicaba con la parte de los mismos que sólo utilizaba *El Coyote* y después de cerrar dirigióse al arcón donde éste tenía sus ropas. Allí estaban, perfectamente dobladas, las de don César, pero faltaban las del *Coyote.* También faltaba el caballo que solía utilizar.

Saliendo del sótano, Lupe subió de nuevo a la casa y buscó a Matías Alberes, el criado mudo de César.

-Tengo que hablarte -le dijo Lupe, llevándoselo a un lugar donde nadie podía escucharles-. ¿Dónde está don César?

El mudo permaneció impasible. Lupe comprendió que de aquella forma no podría averiguar nada.

-¿Sabes adonde ha ido? -preguntó.

Alberes asintió con la cabeza.

-¿A Los Ángeles?

Alberes respondió negativamente.

-¿Conoces a Patricio Sorenas?

La respuesta del criado fue afirmativa.

-¿Sabes si don César tenía que ir cerca de su casa?

De nuevo asintió el mudo.

Lupe trató de recordar los nombres de los que vivían cerca de Sorenas y los fue nombrando, inquiriendo si don César había visitado a alguno de ellos. Al nombrar a doña Fermina, Alberes asintió.

Lupe quedó silenciosa, y por su cerebro cruzaron las palabras de Patricio Sorenas. Cazadores... aquella noche.. ¿Qué podía haber querido decir aquel hombre? ¿Qué peligro podría reinar allí?

Patricio Sorenas era un hombre pobre. No se le conocían parientes de los que pudiese esperar una ayuda importante. Sin embargo, él había dicho que no necesitaría más auxilio de don César. Por la cabeza del *Coyote* se ofrecían más de veinte mil pesos. Si aquel hombre había averiguado que *El Coyote* pensaba ir aquella noche a casa de doña Fermina, y para resolver su situación había denunciado el hecho, sin sospechar que *El Coyote* era su protector...

-¡Pronto, Alberes! -gritó Lupe-. El señor está en peligro. Debemos ayudarle. Puede ocurrirle algo muy grave. Prepara los caballos para que vayamos a su encuentro. No debemos perder ni un minuto. No sé lo que puede suceder; pero temo que le hayan tendido una trampa.

El criado asintió, y seguido de Lupe, bajó al sótano. Ensilló dos caballos y al momento él y Lupe salían por el camino secreto, en dirección al lugar hacia el que había partido *El Coyote.*

Pero cuando aún no habían recorrido ni la tercera parte del camino oyeron a lo lejos, procedentes del caserío en que vivían Sorenas y doña Fermina, una serie de disparos hechos con diferentes armas, cortas y largas, y cuando al fin cesaron, Lupe sintió como si todas las balas disparadas hubieran llegado a su corazón y, por algún milagro, sólo le hubieran causado el horrible dolor de sus heridas, sin acompañarlo de la aliviadora muerte.

Matías Alberes detuvo su caballo y miró, interrogante, a Lupe. Sus ojos parecían decir que era inútil hacer ya nada, pues todo había terminado. Pero Guadalupe, sintiéndose mil veces muerta, movió

negativamente la cabeza y gritó:

-¡Adelante! Tenemos que encontrarle.

Al salir se había cubierto con una larga capa cuyo capuchón le ocultaba el rostro. Ciñéndose la capa al cuerpo azuzó a su caballo y lo guió hacia el lugar donde habían sonado los disparos. Aún conservaba una débil esperanza.

Capítulo IV

La caza del *Coyote*

Matías Alberes tenia la impresión de estar siguiendo a un fantasma, pues no otra cosa parecía Lupe con su negra capa y con el rostro oculto por el capuchón. Debía la vida a don César, y ni por un momento vaciló en seguir a aquella mujer, aunque en su fuero interno consideraba que era conducido a una muerte cierta.

Durante unos veinte minutos galoparon por la solitaria carretera, bordeada por los ranchitos y granjas que de cuando en cuando se levantaban junto a ella.

Lupe registraba ávidamente con la mirada la solitaria carrera. Cada vez sentía menos esperanza y una mayor convicción de que sus terribles temores se habían convertido en realidad.

De pronto, muy débil, se oyó el batir de los cascos de un caballo. Lupe se detuvo y obligó a Alberes a que la imitase. Temía que aquel galope fuese un eco del de sus caballos. Pero aunque los dos se habían detenido, se continuaba escuchando aquel otro galopar.

Una esperanza y el temor de que se esfumara con la realidad asaltaron a Lupe. Sin embargo obligó a su caballo a reanudar la marcha y durante unos minutos se fue acercando al jinete que avanzaba en dirección opuesta.

Por fin llegó a un puente de madera que cruzaba el seco cauce de un arroyo, invadido por una reseca y densa masa de agostada vegetación. En el otro lado del puente apareció al mismo tiempo un jinete doblado sobre el cuello de su montura.

Antes que sus ojos, su corazón le dijo a Lupe quién era aquel hombre. En dos segundos estuvo junto a él, llamándole, angustiada, por su nombre:

-¡César! ¡César!

No recibió contestación, y su mano izquierda quedó manchada por un líquido caliente y viscoso.

Lupe sintió deseos de gritar, de expresar su horror, su angustia, su miedo. Y el comprender que no podía hacer nada de esto aumentó su agonía. Tenía que ser valiente, que conservar la serenidad en unos

momentos en que hubiese querido traspasar a otro todas aquellas obligaciones.

-¡César! ¡Por Dios, contesta!

Alberes estaba junto a ella y la miraba, comprendiendo por primera vez los sentimientos de Guadalupe.

-¡César! ¡César! ¡Hablame!

Con un hilo de voz, César de Echagüe logró responden

-Hola... Lupi... ta. Estoy... estoy... herido... Casi... alcanzaron al... *Co... yo... te.*

Una ráfaga de viento trajo hasta allí el retemblar de las tierras batidas por numerosos caballos. Los perseguidores estaban cerca. ¡Había que interponer entre ellos y *El Coyote* una barrera!...

-¡Pronto! Matías, prende fuego a esa maleza -ordenó Lupe, señalando la que crecía debajo del puente.

El mudo comprendió en seguida lo que intentaba hacer Lupe. Saltó al fondo del arroyo y comenzó a romper arbustos resinosos. Con ellos hizo unas cuantas antorchas que encendió y fue tirando a su alrededor, sobre todo debajo del puente.

El viento colaboró con él, en tanto que Lupe, montando a caballo y tomando las riendas del que montaba *El Coyote,* emprendió el regreso al rancho de San Antonio. Cuando llegó al primer recodo de la carretera volvióse y vio que el arroyo encauzaba un río de llamas que estaban ya prendiendo en el puente. Entretanto, Alberes había montado a caballo y galopaba hacia el Este, incendiando la vegetación de más arriba, cuyas llamas eran empujadas hacia el Oeste por el viento.

Cuando los perseguidores del *Coyote,* a cuyo frente galopaba Teodomiro Mateos, llegaron cerca del arroyo, el puente aún resistía; pero cuando uno de los jinetes lo quiso cruzar, un disparo hecho por Alberes mató a su caballo, frenando así el impulso de los demás y dando tiempo a que todo el puente se derrumbase en medio de un surtidor de chispas.

Mas aquella barrera sólo podía durar unos minutos, que hubiesen sido suficientes si *El Coyote* se hubiera encontrado en condiciones de poder galopar a toda la velocidad que podía desarrollar su caballo; pero Lupe se daba cuenta de que don César no resistiría el violento galope. Por ello, cuando Alberes les alcanzó le cedió el cuidado de don César galopando hacia una de las casas solitarias llamó a la puerta y, sin desmontar del caballo, gritó:

-Amigos; persiguen al *Coyote.* Detenedles el tiempo que podáis.

Abrióse en seguida la puerta y un hombre apareció en el umbral. Vio en él a una figura envuelta en una larga capa y con el rostro oculto por un capuchón. Esto le hizo dudar un momento de sus sospechas primeras. Había creído e cuchar la voz de una mujer...

-¿Qué dice del *Coyote*? –preguntó el hombre, uno de los muchos que debía grandes favores al famoso enmascarado.

-Le están persiguiendo -replicó Lupe tratando de disimular su voz-. Ahora no pueden pasar a causa del incendio del arroyo; pero pronto llegarán al galope. *El Coyote* necesita tiempo para poder huir. Detened como podáis a los que lo persiguen. Pero no matéis a nadie, *El*

Coyote sólo necesita tiempo.

-Tengo siete hijos a quienes he podido criar gracias al *Coyote* -replicó el hombre-. El me conservó el ranchito. Enviaré a mis hijos a buscar a los otros campesinos. Les detendremos.

Mientras Lupe galopaba hacia otra pequeña hacienda, el hombre llamó a sus hijos y con gran rapidez comenzó a dictar órdenes. Ante todo, era necesario detener a los que llegaban.

-¡Cuerdas! -ordenó-. Todas las que haya en casa.

Arrastrando un montón de recias cuerdas, el campesino, acompañado de sus hijos, corrió a la carretera, junto a cual crecían numerosos árboles. Mientras él tendía una cuerda a través del camino, sus hijos fueron tendiendo otras lateralmente, de árbol en árbol, para evitar que si sé veía a tiempo el obstáculo los jinetes pudieran salvarlo con una desviación.

Entretanto, Lupe siguió dando la alarma, atrayendo hacia la carretera a todos los campesinos de aquellos lugares. No eran muchos; pero iban animados de un ardiente deseo de devolver los favores que *El Coyote* les había hecho. Sus esposas, algunas de ellas, quisieron contenerlos haciéndoles ver que si *El Coyote* estaba en peligro también lo estaban ellos. Pero se dirigían a oídos californianos y ninguna consiguió la tranquilidad de ver a su marido apartado de aquello.

Utilizando sus herramientas, hicieron caer desde las laderas de los montes que bordeaban la carretera grandes peñascos que obstaculizaron el camino, y que le hubiese sido imposible al más hábil de los jinetes galopar por allí. Otro puente que se levantaba más adelante fue casi derribado en cuanto *El Coyote* lo hubo cruzado. En todo momento los campesinos vitoreaban a su amigo.

El Coyote apenas oía nada. La bala de Teodomiro Mateos le había penetrado en el costado derecho, y aunque no había destrozado ningún hueso la herida producida era lo bastante grave y dolorosa para que sufriera mil angustias a cada paso del caballo en que iba montado. Se daba vagamente cuenta de que Lupe estaba cerca de él, y de que aún no se encontraba a salvo. También oía gritos y voces que pronunciaban su nombre; pero todo esto era confuso y como si ocurriese en un mundo muy lejano.

-Ánimo -dijo Lupe-. Todo se arreglará. Esta gente nos protege.

César hubiese querido preguntar qué gente era aquélla; pero de nuevo sintióse hundido en un abismo de negruras y perdió totalmente la noción de las cosas.

* * *

Teodomiro Mateos, después de buscar inútilmente un punto por donde cruzar la barrera de llamas que le cerraba el paso, decidió que sería más práctico aguardar a que los arbustos se consumieran, cosa que no podía tardar mucho en suceder. En cuanto se abriera un resquicio en la llameante sabana, todos cruzarían por allí y alcanzarían al *Coyote,* que no podía estar muy lejos.

Habían sido unos idiotas al precipitarse y dar el alto al *Coyote*

cuando éste se encontraba aún a caballo. Si hubiesen esperado a que desmontara y entrase en la casa de doña Fermina, todo habría salido como se había previsto; pero él había sido el primero en no poder contener su alegría y, sabiendo que un círculo de hombres rodeaba ya al *Coyote,* le ordenó que se entregara.

La respuesta del *Coyote* fue muy desagradable para él, pues de un balazo le arrancó de la cabeza el sombrero, gracias a que, instintivamente, después de conminarle, habíase inclinado un poco, pues de lo contrario la bala le hubiera vaciado la cabeza.

En seguida *El Coyote* cargó contra los que le rodeaban, quienes, de haber tenido enfrente a otro enemigo, hubiesen obrado con mayor serenidad, en vez de apresurarse a abrir camino a su adversario. Sólo algunos dispararon sin ton ni son sus armas, con lo cual crearon una gran confusión y nada más. Pero él no perdió tan por completo la serenidad y, aprovechando la claridad que generaban los fogonazos de los disparos, apuntó al *Coyote* y tuvo la seguridad de que su bala le había alcanzado, pues un segundo antes de desaparecer de su vista le vio estremecerse y vacilar, cayendo luego sobre el cuello de su caballo.

No estaba muerto, porque aún hizo otros cinco disparos contra los hombres de Mateos, aumentando así la confusión y retardando el momento de que se reunieran para perseguirle.

A gritos, alaridos e imprecaciones, Teodomiro Mateos consiguió reorganizar sus huestes y pronto estuvo en pos del *Coyote,* seguido con no demasiado entusiasmo por su gente, de forma que se vio obligado a marchar a la velocidad que ellos querían y no a la que él deseaba, ya que por su parte tampoco se atrevía a acercarse demasiado al *Coyote,* de cuya buena puntería aún conservaba un recientísimo recuerdo.

Comenzaron a decaer las llamas por falta de combustible, pero el lecho de rescoldos impedía aún el paso a los caballos. Sin embargo, a los doce minutos de haber llegado allí los perseguidores del *Coyote* pudieron reanudar la caza. Cruzaron en tromba el arroyo, escalaron la otra orilla y al galope tendido se lanzaron carretera adelante.

Teodomiro Mateos espoleaba continuamente a su caballo mientras con la mirada buscaba al fugitivo. Sabía que jamás volvería a presentársele una oportunidad como aquélla, y que si *El Coyote* se le escurría de entre las manos podía abandonar toda esperanza de volverlo a cazar. Además, si *El Coyote* conseguía huir, averiguaría fácilmente quién había llevado la denuncia a la policía y tomaría tal venganza que nadie más intentaría repetir su acción.

Estos pensamientos de Teodomiro Mateos se vieron interrumpidos bruscamente por un inesperado obstáculo contra el que tropezó su pecho y que le lanzó hacia atrás con extraordinaria violencia. Quiso la suerte que el jefe de Policía fuera a parar a un lado de la carretera y no debajo de los caballos de sus hombres, que al momento se encontraron todos en tierra.

Algunos, que vieron a tiempo el obstáculo contra el que se lanzaban sus compañeros, quisieron salvarlo dirigiendo sus monturas hacia el lado de la carretera; pero también allí encontraron las cuerdas tendidas de árbol en árbol y se vieron desmontados y en confuso mon-

tón.

El desorden aumentó en proporciones indescriptibles cuando a ambos lados del camino empezaron a sonar gritos y alaridos, acompañados de los ladridos de los perros, todo lo cual se unió para enloquecer a los caballos y desbandarlos en todas direcciones.

Una vez conseguido esto, cuando los hombres de Mateos se rehicieron de su desconcierto, los caballos andaban ya lejos. Y lo más asombroso era que habían desaparecido todos los campesinos que un momento antes aullaban en torno a los hombres de Mateos.

Cumplida su obra, los amigos del *Coyote* habían regresado a sus hogares, dejando en la carretera a los perseguidores de su bienhechor.

Teodomiro Mateos, hecho una furia, dictaba orden tras orden, jurando que haría pedazos a toda su gente si no se recuperaban pronto los animales para reanudar la persecución de su encarnizado enemigo.

Pero hubo de transcurrir media hora antes de que los primeros caballos llegasen a la carretera.

Teodomiro Mateos, dejando que sus demás hombres continuaran reuniendo los caballos, montó en uno de los que se habían recuperado y, seguido por siete policías, reanudó la persecución.

-No le cazaremos -dijo uno de sus compañeros.

-Estaba herido -replicó Mateos-. No puede galopar como otras veces; por lo tanto, es posible que le demos alcance. ¡Vamos!

Pero durante la siguiente media hora Mateos y sus hombres tuvieron que marchar al paso, evitando cuidadosamente todos los infinitos obstáculos que habían sido sembrados en la carretera. Su progreso se redujo a menos de media legua.

* * *

Guadalupe hubiera querido encontrar un medio de acelerar la marcha; pero comprendía que era imposible ir más de prisa, so pena de provocar en César una peligrosa hemorragia.

Aquel marchar al paso, temiendo oír de un momento a otro el galope de sus perseguidores, era capaz de alterar los nervios mejor templados y, sin duda alguna, esta alteración estaba ya obrando en Alberes, que continuamente miraba a su amo y volvía la cabeza hacia la carretera.

Por fin se vieron brillar las luces del rancho de San Antonio, y Lupe sintió, por segunda vez, un gran alivio al verlas. Desviándose del camino, marcharon hacia la puerta secreta, y cinco minutos más tarde estaban los tres en el sótano.

Lupe, ayudada por Alberes, despojó a don César de su traje y, en el sótano, a la luz de tres lámparas de aceite de ballena, hizo una primera y tosca cura, encaminada, principalmente, a lograr atajar la hemorragia. Una vez conseguido esto, puso a César el traje que se había quitado para la expedición y, con la ayuda de Alberes, lo llevó hasta el salón, dejándole en una butaca, donde quedó sentado, sin sentido, pálido como un muerto.

-¡Dios mío, inspírame! -suplicó Guadalupe.

Mas en lugar de una inspiración apareció un nuevo temor. Mateos y su gente no tardarían mucho en llegar cerca del rancho y era muy probable que entrasen para averiguar si alguien había visto al *Coyote.* Se sabía en Los Ángeles que don César no sentía ninguna admiración por el famoso enmascarado, y Mateos podría solicitar su ayuda o la de sus hombres para dar una batida por aquellos lugares. Si encontraban al dueño del rancho herido, las sospechas que ya varias veces se habían despertado resucitarían con aquella prueba tan tangible.

Corriendo a su cuarto, Lupe cogió colorete del que usaban las damas que visitaban el rancho en los días de recibo y se dispuso a volver a la planta baja. Cuando iba a hacerlo, vio salir de su cuarto al hijo de don César.

-¿Qué ocurre, Lupe? -preguntó el muchacho.

-Nada -replicó, nerviosamente, Guadalupe-. Nada. Métete en tu cuarto. -Una idea súbita le asaltó. Si el muchacho decía...-. Vístete en seguida. Coge tus libros, sobre todo aquellos en que estén las lecciones que conozcas mejor, y baja salón. Papá está en peligro. Si alguien pregunta qué has hecho esta noche, que estuviste con él recitando la lección

-¿Qué le ocurre? -preguntó, asustado César.

-Está herido. Date prisa.

Lupe bajó de dos en dos los escalones, entró en el salón y con ayuda de unas fuertes sales inglesas logró que don César recobrara el conocimiento. Durante unos segundos sus ojos miraron, imprecisos, a su alrededor, pero al fin, con un violento esfuerzo, logró conservar el sentido.

-Hola -murmuró-. Creí que me habían... matado.

-Está herido gravemente -replicó Lupe-. Temo que Mateos y los suyos lleguen de un momento a otro. ¿Qué haremos?

-No podemos hacer nada -murmuró César de Echagüe-. No me siento con fuerzas para nada. Y mucho menos para luchar.

-Está usted muy pálido. Hay que evitar que vean...

Mientras hablaba, Lupe había sacado el colorete y lo aplicó cuidadosamente a las mejillas de don César. En un par de minutos logró devolver a su rostro el aspecto habitual. Luego, llenando una copa de coñac, se la tendió a César, que la vació en un par de tragos.

-Puede que sea veneno -comentó-, pero de momento reconforta.

En aquel instante se oyó lo que tanto temía Lupe. Un grupo de jinetes acababa de entrar en el rancho deteniéndose frente a la puerta.

-Ya están aquí -murmuró César.

Su hijo llegó en aquel momento con los libros. Su rostro expresaba un profundo terror.

-¿Por qué has bajado? -preguntó don César.

Llamaban ya a la puerta, y Lupe, antes de dar la orden de que se abriese, advirtió a su amo:

-Diga que ha estado tomando la lección a su hijo durante todo el rato. Tú, abre el libro y, por lo que más quieras, no digas otra cosa que aquello que te dije. Explica que has estado dando la lección con tu

padre.

-Pero... es que yo no entiendo... -empezó el muchacho.

-Abre la puerta, Alberes -ordenó Lupe.

El mudo marchó a obedecer la orden, mientras Guadalupe se sentaba en un sillón inmediato al de don César y cogía una olvidada labor de costura.

Cuando Teodomiro Mateos entró en el salón vio a don César cómodamente sentado en un sillón, teniendo en frente a su hijo y al lado a Guadalupe.

-¿Qué ocurre? -preguntó el dueño del rancho, sin que su voz traicionara la menor debilidad.

Pero su hijo, que, de espaldas a Mateos, le observaba, advirtió la dolorosa crispación de su mano derecha.

Mas la respuesta de Teodomiro Mateos provocó en el muchacho la más angustiosa de las sorpresas. Todo giró a su alrededor y sintióse débil y cobarde, en tanto que en sus oídos, en su cerebro y en su corazón resonaban, insistentes, las palabras del jefe de policía de Los Ángeles.

-Estamos persiguiendo al *Coyote,* don César. Le tenemos herido y pensé que podría haberse escondido aquí. Tal vez usted o alguno de sus peones pueda decirnos algo. No debe de estar muy lejos. Iba herido...

Capítulo V

De tal palo...

Durante casi un minuto el hijo de don César se halló incapaz de hacer el menor movimiento. El nombre del *Coyote* parecía machacarle las sienes. Y no sólo el nombre, sino la identidad del misterioso enmascarado. La voz de su padre quebró el hechizo.

-¿Otra vez *El Coyote?* -preguntó, como aburrido, don César-. No le hemos oído, ¿verdad, pequeño?

El muchacho se maldijo por tardar tanto en responder, pero en realidad lo hizo mucho antes de lo que él imaginaba. Volviéndose hacia Teodomiro Mateos, replicó:

-Yo no he oído nada.

-No creo que haya entrado en el rancho -intervino Guadalupe, guardando la costura-. Pero si usted quiere recorrer los terrenos, Matías le acompañará.

-Con su permiso, don César, prefiero registrar un poco el rancho. No la casa, desde luego; pero sí los corrales y los sembrados. *El Coyote* sabe que le tenemos muchas consideraciones a usted y puede haber elegido esta hacienda para ocultarse.

-¿Y no puede haber seguido hasta Los Ángeles? -preguntó César

de Echagüe, sintiéndose a punto de perder otra vez el sentido.

-No, porque más abajo de San Antonio establecí un puesto de vigilancia en previsión de que se nos escapara. Mis hombres dicen que creyeron oír cómo un caballo abandonaba la carretera cerca del rancho. No están seguros, porque se hallaban demasiado lejos; pero, en cambio, tienen la certidumbre de que *El Coyote* no siguió hacia Los Ángeles, pues hubiera pasado ante ellos.

-¿Y no podría haberse escondido en los otros campos? -preguntó Lupe.

-Iba herido, señorita -respondió Mateos-. Tenía que buscar un sitio donde pudieran atenderle. Y aunque usted, don César, no ha sido nunca muy amigo del *Coyote,* él, por su parte, le ha salvado en un par de ocasiones.

-¿Y qué? -preguntó César, borrando la forzada sonrisa de sus labios-. ¿Es que sospecha que he acogido en mi casa a ese bandido?

-No, por Dios, no creo eso -se apresuró a decir Mateos-; pero él podría confiar en su buen corazón.

El pequeño César había abierto el frasco de sales y vertiendo unas gotas en su pañuelo, sin que lo viera el jefe de policía, acercóse a su padre y le preguntó, como si no le importara nada de cuanto allí ocurría:

-¿A qué huele esto, papá? -y le aplicó a la nariz el pañuelo.

César aspiró profundamente el penetrante aroma de las sales, hasta que las lágrimas llenaron sus ojos; luego, tirando lejos el lienzo, gruñó:

-A nada bueno. No me molestes con esas tonterías.

Pero de buena gana hubiese abrazado a su hijo, cuya ayuda le había sido providencial, ya que sentía que de nuevo iba a desmayarse... En seguida, dirigiéndose a Mateos, dijo:

-Registre el rancho, mis tierras, mis corrales y mis graneros. Si encuentra en ellos al *Coyote,* se lo regalo. -Después, volviéndose hacia Guadalupe le ordenó-: Lleva a la cama a César. Ha dado ya su lección y no es hora de que ande por el mundo.

-¡Oh, papá! -protestó el niño-. Quiero estar despierto para ver cómo detienen al *Coyote.*

-¡Acuéstate! -ordenó su padre.

Refunfuñando, el muchacho empezó a recoger sus libros. Teodomiro Mateos aprovechó la oportunidad para salir del salón. Los que quedaron allí le oyeron ordenar a sus hombres, otro grupo de los cuales acababa de llegan

-Rodead el rancho y disparad sobre el que intente huir...

-De momento estamos salvados -suspiró Lupe, abrazando fuertemente al muchacho-. Luego, separándose de él, miró a don César, que se había recostado contra el respaldo del sillón y había entornado los ojos, acusando en su rostro el dolor de la herida.

Esto hizo recordar a Lupe que un peligro mucho más grave estaba aún por pasar.

-¡Necesitamos un médico! -exclamó.

Don César abrió los ojos y murmuró:

-Lo necesito; pero no puede venir.

-¿Por qué? -preguntó Guadalupe.

-El rancho está rodeado, hay centinelas en la carretera y, oficialmente, don César de Echagüe no necesita ningún médico.

El pequeño César acercóse a su padre y, mirándole con los ojos muy abiertos, preguntó:

-¿De veras eres tú *El Coyote!*

César miró a Guadalupe, que asintió con la cabeza.

-Sí -contestó entonces-. Yo soy *El Coyote.*

-¿Y no me lo dijiste porque tenías miedo de que yo no supiera guardar el secreto?

-Es que no te conocía, hijo mío -replicó César-. Ahora ya sé que puedo confiar en ti.

-Pero, ¿cómo traeremos un médico?, -preguntó Lupe-. Lo iré a buscar...

-No. Si te viesen a estas horas en Los. Ángeles, la gente se extrañaría. No es; propio de una mujer salir a la una y media de la madrugada. Además, el rancho está vigilado.

-¡Fray Jacinto! -exclamó Lupe-. Él es medio médico. En la misión curaba a los heridos... Él podría venir...

-Se marcha mañana -dijo don César-. Cuando se llegue a Los Ángeles ya se habrá ido y yo quizá ya no necesite de ningún médico.

-Alberes lo puede ir a buscar -dijo Lupe.

-Le detendrían, o por lo menos ése es el peligro que existe -dijo don César-. Para que pudiera transmitir algún mensaje tendríamos que dárselo por escrito. Y un documento escrito que cayera en poder de Mateos sería nuestra perdición.

El problema se hacía cada vez más grave. Lupe se daba cuenta de que don César conservaba el sentido merced a un violento esfuerzo de voluntad; pero ya se advertían señales de que ni la voluntad podría seguirle sosteniendo durante mucho rato.

-Yo podría ir a buscar a fray Jacinto -dijo, de pronto, el hijo de don César-. Yo soy pequeño, conozco todos estos lugares y pasaré sin que nadie me vea. Avisaré a fray Jacinto...

-No, eso no -dijo Lupe.

César de Echagüe la atajó con un ademán.

-Sí -dijo-. Él puede hacerlo.

La alegría brilló en los ojos del niño.

-¿De veras? -preguntó, como si no pudiera creer en lo que escuchaba decir a su padre.

-Sí. Ve a Los Ángeles y procura que no te vean. Ante todo, busca a Ricardo Yesares, el dueño de la posada del Rey Don Carlos. Cuéntale lo que ha ocurrido. Dile que necesito verle lo antes posible; pero que no podrá venir antes de la mañana, pues el rancho está vigilado. Dile que avise a fray Jacinto y que le advierta que le necesito como médico. ¿Te acordarás de todo?

-Sí, papá.

-Piensa que en tus manos tienes la vida del *Coyote* -terminó César, tendiendo la mano a su hijo, que se la estrechó fuertemente.

En seguida el muchacho subió a su cuarto y se ciñó a la cintura el revólver que le había entregado su padre. Intuitivamente comprendía que de poco podía servirle aquel arma; pero con ella encima sentíase más hombre.

Cuando bajó, Lupe le cogió de las manos, como si no se atreviera a dejarle marchar; pero él tiró con suave firmeza y al fin soltó sus manos. Dirigiéndose a una puerta trasera, salió de la casa.

Durante unos segundos permaneció pegado al muro, habituando sus ojos a la oscuridad. No se divisaba a nadie; pero a lo lejos se veía ir de un lado a otro unos puntos luminosos que eran las linternas que llevaban los hombres de Mateos, que registraban el campo.

Muchas veces el muchacho había vivido en los terrenos adyacentes a la casa las aventuras que leía en los libros. Conocía palmo a palmo todos aquellos lugares y sin perder un momento dirigióse hacia una abandonada acequia que en muchos años no había sido utilizada y cuyo cauce estaba completamente seco. A ambos lados crecían cañas y laureles, y era muy fácil pasar por ella sin que nadie se diese cuenta.

Con grandes precauciones, el muchacho avanzó por allí, viendo a derecha e izquierda, a través de las cañas, las linternas de los hombres de Mateos. Procuraba no hacer ningún ruido, y así consiguió llegar, sin ser descubierto, hasta el final de la acequia, o sea hasta el muro que rodeaba la finca. Aunque la acequia seguía al otro lado, el paso estaba cerrado por una vieja, pero aún muy fuerte, reja de hierro.

El pequeño César ya contaba con aquel obstáculo, que pensaba anular escalando el muro, en el que había los suficientes agujeros para que el salvarlo fuera cuestión de pocos momentos para un muchacho tan ágil como él. Pero con lo que no contaba el hijo de don César era con que al otro lado de la pared de ladrillos se paseara un centinela que por fortuna o era muy sordo o no había oído al que ahora se encontraba encima del muro, mirándole con ojos llenos de sobresalto.

En un momento el chiquillo abandonó su puesto y volvió a encontrarse en el suelo, con el cuerpo bañado en sudor, horrorizado de haber saltado sin antes comprobar si el terreno estaba libre.

Aquél era el punto extremo de la hacienda, por el que el muchacho había confiado en poder pasar hacia el bosque sin ser visto por nadie. Más abajo estaba la carretera, o sea el punto más vigilado. Como no le quedaba otra solución, fue descendiendo pegado al muro y unos trescientos metros más abajo escaló la tapia y miró durante varios minutos a derecha e izquierda, hasta convencerse de que aquel lugar estaba completamente solitario. Ágilmente saltó al otro lado y avanzó inclinado hacia el suelo, pero atento al menor ruido. A su derecha tenía el bosque, y a la izquierda la carretera, hacia la cual fue descendiendo, alcanzándola muy por debajo del punto donde estaban apostados los centinelas de Mateos. Una vez en ella, echó a correr hacia Los Ángeles, envuelto, a aquellas horas, en una casi absoluta oscuridad.

Capítulo VI

...tal astilla

Habiendo despedido a los últimos huéspedes, Ricardo Yesares se disponía a cerrar las puertas de su posada cuando algo le contuvo. Ese algo fue la visión de un chiquillo que corría hacia el edificio, atravesando la plaza.

-¡Pero...! ¡No es posible...! -exclamó Yesares, resistiéndose a admitir lo que sus ojos estaban viendo, o sea que el hijo de don César llegaba hacia él-, ¿Qué haces en Los Ángeles a estas horas, César? -preguntó cuando el muchacho se detuvo, jadeando.

-Me envía papá -replicó, con voz entrecortada, el pequeño César-. Ha ocurrido algo muy malo...

-Entra -interrumpió Yesares, quien después de cerrar la puerta fue apagando las luces de la planta baja de la posada y llevó al hijo de don César a su despacho. Una vez dentro de él, preguntó-: ¿Qué es lo que ha ocurrido?

El chiquillo explicó lo que sabía y lo que su padre le había encargado. Yesares le escuchaba nerviosamente. En el tiempo que servía a las órdenes del *Coyote* jamás se había encontrado en una situación tan apurada ni tan difícil de resolver.

-Ante todo, tenemos que llevar allí un médico -dijo al fin-. Y admito que el único de confianza es fray Jacinto, aunque no creo que sea un médico excepcional. Vamos.

-¿Sabe dónde está fray Jacinto? -preguntó el niño.

-Supongo que debe de estar en casa de fray Andrés. Vayamos a comprobarlo.

Cubriéndose la cabeza con un sombrero y el cuerpo con un sarape, ofreció otro al muchacho y por una puerta excusada salió del establecimiento, lanzándose por las desiertas calles en dirección a la casa en que vivía fray Andrés.

Éste, despertado a una hora en que no era corriente que se llamase a su puerta, asomóse a la ventana. No era Los Ángeles una ciudad tan tranquila como para que el fraile no sintiera cierta inquietud; pero al ver que sólo se trataba de un hombre y de un niño, aumentó su alivio.

-Necesitamos hablar con fray Jacinto -dijo Yesares, en respuesta a la pregunta que le dirigió el dueño de la casa, relativa al motivo de su llamada.

Fray Jacinto vistióse apresuradamente y bajó a la calle. Al reconocer al niño no pudo contener su asombro. Como antes Yesares, inquirió qué hacía a aquellas horas y en aquel sitio. Cuando Ricardo le explicó lo que sucedía, el buen franciscano llevóse las manos a la cabeza.

-¡Virgen Santa! ¡Voy en seguida! Esto es algo que tenía que

ocurrir. Vayamos por la carretera...

-No, por la carretera, no -dijo Yesares-. Nos encontraríamos a los hombres de Mateos y usted... usted no podría mentirles.

-Claro... -Fray Jacinto se rascó la cabeza-. ¿Y cómo podremos resolver eso?

-Yendo por el mismo sitio por donde ha venido el muchacho. Conozco el camino. Así él podrá quedarse en casa de fray Andrés.

-¡No, no! -protestó, escandalizado, el niño-. Yo no me quedo aquí. El señor Mateos cree que estoy en casa.

-Bien, no discutamos, porque no hay tiempo que perder. Fray Jacinto, temo que sus pies se resientan un poco del camino que le obligaremos a seguir.

-Estoy acostumbrado a los malos caminos -sonrió el franciscano.

Después de despedirse de su huésped, que, prudentemente, no le preguntó a qué obedecía su intempestiva marcha, fray Jacinto partió en compañía de Yesares y del hijo de don César. Éste, dirigiéndose al dueño de la posada del Rey Don Carlos, le recordó:

-Usted no debía ir esta noche.

-Sospecho para qué se me necesita, y cuanto antes lo hagamos, mejor.

En el pequeño campanario de la iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles daban las tres de la mañana cuando Yesares, fray Jacinto y el pequeño César se adentraban en las tierras que bordeaban la carretera que conducía al rancho de San Antonio. Como fantasmas avanzaron a campo traviesa hasta alcanzar el muro de la hacienda. Yesares fue el primero en escalarlo, y cuando se hubo convencido de que no había peligro alguno ayudó a sus compañeros a pasar al otro lado; después, por la seca acequia, fueron hacia el rancho, sin ver a ningún vigilante ni a los hombres de Mateos.

Por la misma puerta por la que había salido el pequeño César entraron en la casa.

Al oírles, Guadalupe bajó a su encuentro y, después de besar la mano de fray Jacinto, los guió a la habitación de don César.

Éste se hallaba tendido en la cama. Al verle, fray Jacinto, que había asistido a infinitos moribundos, temió hallarse ante uno más.

-Ha perdido mucha sangre -dijo al examinar la herida-. Temo que no podré hacer mucho por él. Este trabajo es más de un cirujano que de un pobre aficionado como yo. Hay que extraer la bala, cosa que yo no me atrevo a intentar. El doctor García Oviedo es el más indicado para ello.

-Pero el doctor nos conoce. Ha estado ya aquí. Si ye a don César herido comprenderá quién es.

Yesares asintió ante las palabras del Guadalupe.

-Es verdad -dijo-; pero se le podría traer con los ojos vendados.

-Los guardas de Mateos están por la carretera -dijo Lupe-. Le verían llegar...

-Tengo ya pensado un medio para librarnos de ellos -dijo Yesares-. Tendré que ocupar nuevamente el puesto del *Coyote,* pero supongo que eso era lo que don César deseaba. ¿Dónde está su traje?

Guadalupe le acompañó hasta el sótano, donde Yesares recogió la chaquetilla del *Coyote,* que estaba completamente; manchada de sangre, e hizo un lío con ella y con las restantes prendas, después de asegurarse de que no contenían nada comprometedor. Se puso luego el sombrero y el antifaz del *Coyote* y montando a caballo se dirigió hacia la salida, después de decir a Lupe:

-Me haré perseguir por la gente de Mateos. Entretanto, usted y Alberes disfrácense y vayan a buscar al médico. Tráiganlo con los ojos vendados, y no se los descubran hasta que se encuentre en la habitación de don César. Tomen todas las precauciones para que no pueda saber dónde está, ni con quién está. Adiós.

Capítulo VII

A la caza del *Coyote*

Fue tan inesperada la aparición del jinete, que hasta que se hubo perdido entre los árboles los centinelas no se dieron cuenta de que acababa de pasar ante ellos *El Coyote.*

Como no podían hacer otra cosa, dispararon sus armas al aire para advertir a sus compañeros lo que estaba sucediendo.

Los disparos atrajeron la atención de los hombres a quienes Mateo había diseminado por los alrededores del rancho de San Antonio; pero ninguno de ellos esperaba ver aparecer al *Coyote* por la carretera, y todos se habían situado algo apartados de ella. Además, comenzaba a clarear, y la mezcla de las tinieblas y de las lividece de la aurora creaba tal confusión a la vista, que a todos les fue imposible distinguir al jinete que cruzaba, como una exhalación, ante ellos.

Se hicieron algunos disparos y un momento después los hombres apostados en el rancho se lanzaron en pos del *Coyote.*

Los tres centinelas que cerraban el camino hacia Los Ángeles, y de quienes se habían olvidado los que perseguían al *Coyote,* no pudieron hacer otra cosa que refugiarse detrás de unas rocas y dejar pasar sobre sus cabezas el huracán de plomo que disparaban, al azar, los otros.

En cuanto pasaron *El Coyote* y los demás, también ellos se unieron a la persecución, dejando el campo enteramente libre.

Pero hubo uno que, por no tener el caballo a mano, optó por quedarse donde estaba, o sea tendido detrás de un olivo; lugar desde donde dominaba todo el rancho.

Gracias al caballo en que montaba, Ricardo Yesares fue dejando atrás a sus perseguidores, aunque no lo suficiente para poderse considerar libre de ellos. Descendiendo al fondo de un cañón, galopó

por él, salvó la cumbre de una colina y desde allí dirigióse a Los Ángeles. Aún no había salido el sol y los comercios estaban todos cerrados. Yesares galopó hacia una de las pocas farmacias de la población y llamó a la puerta. Cuando el propietario acudió a abrir vióse frente a un enmascarado que le apuntaba con un revólver y que le exigía algodón, hilas y todo lo necesario para curar unas heridas.

Cuando se lo hubo entregado recibió una moneda de veinte dólares y el anuncio de que podía quedarse con el cambio; luego el jinete partió por donde había llegado y en aquel día no se supo ya nada más de él. Á mediodía, los que le iban buscando hallaron junto a una fuente la chaquetilla que usaba *El Coyote.* Estaba manchada de sangre y junto a ella había unos trapos empapados también en sangre. Se dio por descontado que *El Coyote* había curado allí sus heridas.

* * *

El doctor García Oviedo era el decano de los médicos de Los Ángeles.

-No sé por qué sigo aquí -decía muy a menudo-. Cualquier día me marcharé a San Francisco o a Nueva York.

Pero esto lo venía diciendo desde antes de que los norteamericanos llegaran a California. Entretanto atendía a los más ricos de la ciudad y también a los más pobres. Según él mismo decía, no admitía términos medios. O se le pagaba bien, o no cobraba nada.

Aquella mañana estaba durmiendo apaciblemente cuando sonaron unos fuertes golpes en la puerta de su casa. Sabiendo que nadie le deseaba ningún daño, el viejo doctor fue a abrir, encontrándose frente a la desagradable mirada de dos revólveres empuñados por dos fantasmones vestidos de negro, cubiertos con capas que les llegaban a los pies y que ocultaban sus figuras con la misma eficacia con que ocultaban su rostro los antifaces y capuchones que llevaban.

-Buenos días, señores -saludó el médico-. ¿En qué puedo servirles?

-Vuélvase de espaldas -ordenó uno de los enmascarados, agregando-: No queremos causarle ningún daño; pero no haga resistencia.

El médico obedeció y al momento un recio trapo negro le cubrió los ojos, cegándole. Después, y siempre obedeciendo las órdenes que le iba dando el desconocido, salió de su casa, montó a caballo, se dejó atar las manos a la silla, y luego, durante una hora y cuarto estuvo galopando por el campo, sin la menor idea del lugar al que le llevaban. Por fin le dijeron que desmontase, saltó al suelo, entró en una casa, recorrió pasillos, corredores, subió unas escaleras, bajó otras, volvió a subir unos cuantos escalones más, y al fin entró en un cuarto cuya puerta se cerró tras él. Transcurrieron todavía unos minutos antes de que le fuese quitada la venda.

El doctor encontróse frente a los dos misteriosos enmascarados que le habían ido a buscar; pero esto ya no le produjo ningún asombro. En cambio se lo causó la habitación en que se hallaba, cuyas ca-

racterísticas estaban disfrazadas con grandes sábanas que colgaban de las paredes, en tanto que otras cubrían el techo y las puertas. Otro detalle sorprendente era el hombre que se encontraba tendido sobre una improvisada mesa de operaciones. Todo su rostro quedaba oculto dentro de una especie de saco negro en el que se había abierto sólo un agujero para la respiración y otros dos para los ojos.

-¿Quién es? -preguntó el médico, volviéndose hacia los que le habían conducido allí.

-Un herido -replicó uno de los enmascarados-. Tiene una bala en el cuerpo y es preciso que se la extraiga. Se le pagará bien su trabajo.

-Necesito saber a quién opero. Además, no tengo mis instrumentos.

-Los trajimos nosotros. Empiece en seguida.

-¿Quién es este hombre? -insistió el médico.

-Su nombre son cinco mil dólares para usted -replicó el enmascarado que hasta entonces había llevado la voz cantante-. ¿Le interesa?

-No.

-Entonces, le haremos matar como a un perro.

El doctor García Oviedo sonrió burlonamente. Había captado la inquietud que vibraba en aquella voz.

-Si me matan, nadie curará a su herido -dijo.

-Si usted no le cura, doctor, le prometo que le haré matar.

Esta vez no se advertía inquietud, sólo amenaza y un comienzo de odio.

-Bien, operaré -dijo el médico-. El precio es tentador.

-No intente averiguar a quién opera -advirtió el enmascarado que siempre había hablado.

-No tema, no lo haré, señorita -replicó el doctor-. Su novio está seguro, a menos que me tiemble la mano y lo mate.

El enmascarado se estremeció, pero no hizo nada para protestar del nombre que le había dado el doctor. Éste comprendió que no se había engañado; pero llevaba tanto tiempo de vida apacible y desprovista de emociones, que el hecho de ir a operar a un hombre que no deseaba ser reconocido le producía el efecto de un potente licor cuyos efectos se extendían hasta los más apartados rincones de su cuerpo.

En un cuarto de hora tuvo dispuestos los instrumentos para extraer la bala, y mientras realizaba la dolorosa operación sintió una admiración enorme por el hombre a quien estaba operando, quien ni por un momento acusó los dolorosos efectos de la intervención.

«Sin duda se trata de un asunto amoroso -pensó el médico-. La presencia de una mujer lo indica. Probablemente el hombre estará casado o será muy conocido en Los Ángeles...»

Media hora después la operación estaba terminada, la herida quedaba limpia y sobre un platito de porcelana reposaba la bala extraída.

-Dentro de una semana ya estará curado -anunció, mientras se bajaba las mangas de la camisa, después de haberse lavado las manos-. Cualquier médico podrá atenderle.

-Muchas gracias, doctor -replicó el enmascarado a quien el médico había llamado «señorita»-. Aquí tiene el dinero prometido.

El doctor guardó en un bolsillo los cinco mil dólares.

-Ahora tendremos que volverle a vendar los ojos. Evítenos el tener que recurrir a la violencia.

-Hagan lo que les convenga.

De nuevo el trapo negro cubrió los ojos de García Oviedo, que fue sacado de la habitación y luego del rancho y ayudado a montar a caballo. Cuando se puso en marcha advirtió que sólo un jinete cabalgaba junto a él, y después de varios rodeos, de escalar cuestas, de descender por difíciles laderas, el médico comprendió que se hallaba solo. Sin embargo acercó lentamente las manos a su venda, esperando oír de un momento a otro la orden de que bajara las manos. Pero la orden no llegó y García Oviedo pudo quitarse la venda y comprobar que se encontraba solo, a la salida de un cañón que daba frente a la parte alta de la ciudad.

Guardando el trapo, el médico comprobó que no le habían quitado los cinco mil dólares. Durante unos segundos trató de identificar el tórax, que era casi lo único que había visto del herido, al que, muy probablemente, había ayudado a venir al mundo; pero al fin se encogió de hombros y, dirigiéndose a su casa, entró en ella y echándose sobre la cama quiso recuperar el sueño perdido; pero el suave sol que penetraba por la ventana se lo impidió y al cabo de una hora se levantó sin haber podido dormir ni identificar al misterioso herido ni a la enigmática mujer que trataba de dar a su voz acento masculino.

Más tarde llegó hasta él la noticia de que *El Coyote* andaba por los montes gravemente herido y perseguido por la gente de Teodomiro Mateos. Esta noticia le hizo abrigar nuevas sospechas y el temor de haber ayudado al *Coyote.*

Pero algo más tarde supo que casi al mismo tiempo que él era visitado por aquellos extraños seres, *El Coyote* había asaltado una farmacia, se había aprovisionado de medicinas y elementos para curar heridas y había escapado.

Por último, supo que se había encontrado ropa del *Coyote* y huellas de que se había estado curando junto a una fuente. A su pesar, el doctor Oviedo sintióse defraudado. El haber extraído una bala disparada por un marido celoso le resultaba menos emocionante que la posibilidad de haber curado al *Coyote.*

Pero, ¿cómo podía haber curado al *Coyote* si éste se encontraba en plena montañas, acorralado por la gente de Teodomiro Mateos, que, olvidando su afición a vestir con elegancia y a pasear por la plaza, andaba por los alrededores de Los Ángeles, sin afeitar, con el traje sucio de polvo y desgarrado por los zarzales, mientras en su corazón anidaba el deseo de vengarse de aquel tiro que por poco interrumpe definitivamente su carrera policíaca?

Capítulo VIII

Remordimientos, temores y un encuentro

Patricio Sorenas no había dormido en toda la noche. Cuando sonaron los primeros disparos dio por muerto al *Coyote* y comenzó a deleitarse con la idea del dinero que iba a llegar a sus manos; pero cuando, casi junto a su puerta, sonaron las imprecaciones de Teodomiro Mateos y sus órdenes de perseguir al *Coyote,* Sorenas sintió como si le hubiesen volcado encima un cubo de agua helada.

Al principio había sentido remordimientos. Al fin y al cabo, como Judas, había vendido la vida de un hombre por unas monedas. Claro que su caso no era el mismo de Judas. Él ni siquiera conocía al hombre a quien vendía. No le tenía que estar agradecido ni le prometió fidelidad.

Tan pronto como la emboscada fracasó y *El Coyote* escapó de la trampa tan alevosamente preparada, Sorenas olvidó los remordimientos y comenzó a alimentar los más intensos temores.

Había oído hablar demasiado de la listeza del *Coyote,* para dudar, ni un momento, de que el misterioso personaje sabría averiguar quién le denunció a Mateos. Alguien le había dicho, mucho tiempo antes, que *El Coyote* había clavado con tres cuchillos, contra una puerta, a un traidor. Uno de los cuchillos atravesaba su mano derecha, el otro la izquierda y el tercero, que había sido el último, le atravesó el corazón. Pero antes de llegar a ese final, el desgraciado había aullado durante dos horas, mientras *El Coyote,* frente a él, se reía de su angustia. Otros le habían dicho que eso era mentira, y que *El Coyote* nunca martirizaba a sus víctimas; pero, en aquellos instantes, Sorenas estaba seguro de que si *El Coyote* llegaba a saber que la denuncia había partido de él, no vacilaría en hacerle morir de la manera más atroz que se le ocurriese.

Así fue llegando el día. El pobre Sorenas estaba bañado en sudor y, aunque se sabía incapaz de hacer nada con ella, sostenía con temblorosa mano una pistola de dos cañones debidamente cargada. La había cogido para confortarse, mas en vez de encontrar alivio en el contacto del arma, había hallado una angustia mayor, la de saberse incapaz de dispararla contra *El Coyote* si éste llegaba a pedirle cuentas de lo que había hecho.

A la mañana siguiente, con los ojos amoratados por la noche en vela, salió de la casa. Doña Fermina fue a su encuentro, anunciando, desolada, que el pobre *Coyote* no había podido cumplir su promesa, porque el *terrible* señor Mateos había averiguado misteriosamente que el enmascarado pensaba ir a verla, y que, con gran desconsideración, había tendido una trampa ante su propia casa.

-Los tiros no me han dejado dormir. Creo que nunca he pasado un susto semejante, señor Sorenas.

Patricio Sorenas replicó que también él había estado muy

inquieto. Deseando terminar aquella conversación que ponía al rojo vivo sus inquietudes, alegó que tenía que ir a cuidar su campo y separóse de la mujer.

Pero no fue a su campo. Por nada del mundo se alejaría en mucho tiempo de los lugares habitados, especialmente de aquellos a los que no se atrevía a acudir *El Coyote.*

Pero, ¿y si *El Coyote,* bajo su aspecto verdadero, se presentaba ante él y le apuñalaba valiéndose de que él no podría sospechar que tuviese enfrente al terrible enmascarado?

Durante la mañana se fueron sabiendo noticias de la persecución del *Coyote.* Aunque no se había podido culpar a nadie, sabíase con toda certeza que varios campesinos habían ayudado al *Coyote* a escapar de los que le perseguían. Después también se supo que *El Coyote* había estado escondido cerca del rancho de San Antonio, de donde, en cuanto se hubo curado, escapó audazmente, burlando a los hombres apostados casi junto a él, a quienes sorprendió con su inesperada aparición. Las últimas noticias que se recibieron fueron las de que *El Coyote* había comprado vendas y medicinas y que había ido a curarse muy lejos.

A eso de las doce se encaminó hacia el rancho de San Antonio para recoger lo que don César le había ofrecido. Le recibió una de las criadas, que fue a consultar a Guadalupe acerca de lo que se debía dar a Sorenas.

Lupe estuvo a punto de estallar en improperios contra aquel sinvergüenza. que, después de traicionar a su bienhechor, aún tenía la desfachatez de ir a mendigar allí. Luego, recordando que Sorenas no podía ni remotamente imaginar quién era, realmente, *El Coyote,* ordenó que le sirvieran determinados alimentos.

Cuando Sorenas salía del rancho, cargado con un cesto lleno de víveres, oyó unos disparos. Al volver la cabeza vio al hijo de don César practicando con un revólver contra una tapia.

El pequeño César de Echagüe estaba muy satisfecho de los progresos que había hecho desde que empezó a disparar el día antes. Poseía ese instinto esencial que es el que ha formado a los buenos tiradores, o sea el de apuntar mentalmente, sin necesidad de utilizar los ojos, de forma que casi sea el cerebro el que dirija las balas a su destino.

Había consumido ya una caja entera de cartuchos y empezaba la segunda, cuando una voz, tras él, comentó:

-¡Magnífica puntería, muchacho!

César volvióse y vio ante él a un desconocido. Nada, en su aspecto ni en su vestimenta, le distinguía de los yanquis que vivían en California. De su cintura pendía un revólver de gran calibre, que iba en una funda mejicana.

-Estoy aprendiendo -respondió el muchacho.

-Pues cuando sepas no habrá quien se ponga delante de ti. ¿Quién te ha enseñado a tirar tan bien?

-Mi padre.

-¿Eres hijo de don César?

-Sí.

-Déjame ver tu revólver, Parece un juguete; pero ya sé que es capaz de matar tan eficazmente como cualquier otro.

César prestó su revólver al desconocido, que lo examinó con fingida atención, preguntando luego:

-¿Me permites probarlo?

Sin esperar la respuesta del muchacho hizo un par de disparos contra el blanco que el hijo de don César había pintado en la pared y falló exageradamente.

-No me encuentro con este revólver -dijo, devolviéndolo-. Cuando seas mayor tú tampoco podrás utilizarlo y preferirás uno de mayor calibre. ¿Hay alguien enfermo?

Lo inesperado de la pregunta desconcertó al muchacho, que se encontró con una afirmación a flor de labios. Pudo contenerla con un esfuerzo y, negando con la cabeza, declaró:

-No... nadie. ¿Por qué vamos a estar enfermos?

-Me había parecido ver al doctor García Oviedo. Pero debí de equivocarme. Estaba de vigilancia por orden de don Teodomiro Mateos. Luego iré a Los Ángeles e interrogaré al doctor. Quizá él pueda aclararme el misterio.

El muchacho estaba deseando poder entrar en la casa para anunciar el peligro. Cuando el centinela de Mateos se despidió de él con un: «Hasta la vista», no aguardó más que el tiempo necesario para verle doblar un recodo del jardín y casi corriendo entró en su casa, subió al cuarto donde estaban su padre y Lupe y entrando anunció, con voz temblorosa:

-¡Papá! Había un centinela que vio llegar al doctor. Me lo ha dicho hace un momento y me ha preguntado si alguien en casa estaba enfermo.

Don César se hallaba tendido en la cama y una gran palidez inundaba su rostro, viva señal de los sufrimientos pasados. Las palabras de su hijo acentuaron aquella palidez, y también la de Guadalupe, que se puso en pie, tirando al suelo la labor que tenía entre las manos.

-¡Dios mío! -exclamó Lupe-. ¡Es horrible! ¿Qué va a ocurrir?

El muchacho explicó todo lo que le había dicho el hombre a quien encontró en el jardín, a la vez que preguntaba:

-¿Puede pasar algo malo?

La respuesta no llegó de su padre, sino de la puerta hacia la que estaba vuelto de espaldas. Fue afirmativa.

-Sí, pequeño, pueden ocurrir muchas cosas malas si yo hablo.

El pequeño César lanzó un grito de terror que hizo comprender a su padre y a Lupe quién era el hombre que estaba en la puerta con un revólver en la mano y la mirada irónicamente fija en don César.

-Está usted en un mal atolladero, don César de Echagüe -siguió el hombre-. Desde aquí veo casi la herida que le causó nuestro jefe. Esta vez le será muy difícil convencernos de que no es usted *El Coyote,* don César.

Mientras hablaba, el hombre había entrado en la habitación, desprovista ya de las sábanas que habían encubierto su aspecto, tan

conocido del doctor Oviedo, y cerró la puerta, explicando:

-Así, sin que nadie pueda oírnos, hablaremos con más confianza y tranquilidad. Si alguien me oyese estaría usted perdido, don César.

-No sé de qué está hablando, ni comprendo lo que hace en esta casa -replicó César de Echagüe-. Le agradeceré que se marche sin obligarme a ordenar a mis criados que le echen a puntapiés.

-Bien, don César, bien. Es usted hombre de nervio. No le gusta reconocerse vencido y aún cree tener algunos triunfos en la mano; pero esta vez los triunfos están todos en mi poder. Si quisiera podría hacerle detener dentro de un momento.

-¿Qué ventajas le reportaría eso? -preguntó, fríamente, César.

-Veinticinco mil dólares. Para mí es mucho.

-Para mí no. Le doblaré la cantidad si promete marcharse a China por algún tiempo y olvidar lo que ha averiguado.

El pequeño César había retrocedido hasta su padre y, de súbito, notó que una mano de éste tropezaba con la culata de su revólver.

-Triplíquela y quizá podamos entendernos. Me interesa más el dinero que la suerte del *Coyote.*

-Cincuenta mil es lo más que puedo dar -respondió don César.

Guadalupe vio cómo su mano se había cerrado en torno de la culata del revólver que llevaba el muchacho. Comprendió la vacilación que demostraba *El Coyote.* Temía que sus fuerzas le traicionaran, o que alguna de las balas que se disparasen hiriera al niño. Al mismo tiempo se daba cuenta de lo peligroso de su posición al no poder justificar de ninguna manera una herida de bala en los momentos en que se perseguía encarnizadamente al *Coyote* y en que se le sabía mal herido.

-Ponga sesenta mil y desaparezco de California -propuso el hombre-. Nunca más volverá a saber de mí y le prometo que no le molestaré. Para usted sesenta mil dólares no es nada en comparación con lo que perdería.

César y Lupe, que no apartaban la vista del rostro de aquel hombre, leyeron en él que su intención era la de correr a denunciar a don César tan pronto como hubiera recibido el pago de su silencio.

Durante unos segundos, cada uno de los reunidos en el cuarto de Don César se esforzaba por conocer las intenciones de los otros. Este estado de cosas se truncó cuando, súbitamente, el agente de Teodomiro Mateos recordó que el muchacho llevaba encima un revólver que en aquellos momentos podía estar al alcance de la mano de su padre.

-¡Apártate de ahí! -ordenó, dirigiéndose al hijo de don César.

El muchacho obedeció, tembloroso; pero cuando él se apartó de su padre, lo hizo dejando en su mano el pequeño revólver del 32, con el que don César empezó en seguida a disparar contra su adversario, que sólo tuvo tiempo de apretar el gatillo una vez, enviando la bala a perderse contra el suelo.

El momento más terrible de la vida del pequeño César de Echagüe había sido aquel en que vio a su padre herido de una gravedad que él desconocía, pero que intuía como mucho mayor de lo que era en realidad. Pero aquel momento quedó olvidado ante el horrible espectáculo de la muerte de un hombre que unos segundos antes había

estado ante él lleno de vida, de malos deseos, con voz que ahora se había convertido en un gorgoteo ininteligible... Por los ojos de su mente pasaron hasta los más nimios detalles de aquella tragedia. Vio cómo el hombre se inclinaba hacia delante, cómo se disponía a disparar, cómo en su garganta cobraba forma una imprecación que se transformaba en un gemido de agonía.

Pero, sobre todo, quedaría para siempre en su recuerdo el erizante choque de las balas contra la carne. A pesar de que las detonaciones le habían ensordecido, entre ellas oyó cómo los proyectiles de plomo se abrían camino hacia el corazón de un hombre que ahora estaba caído en el suelo, con los ojos muy abiertos, pero ya ciegos, y el pecho cubierto de sangre.

Al fin, no pudiendo soportar más aquella tensión que le parecía estar durando varias horas, cuando apenas habían transcurrido unos pocos segundos, el muchacho, con la garganta irritada por el humo de la pólvora, corrió hacia Guadalupe y se refugió en sus brazos, rompiendo en convulsivos sollozos.

Lupe le dejó desahogarse unos minutos; luego, obligándole a levantar la cabeza, le dijo:

-Por favor, César, debes ayudarnos.

Ese hombre quería hacernos daño a todos. A tu padre, a mí y también a ti. Si alguien te pregunta si has escuchado unos disparos, di que se te disparó tu revólver.

El rostro del muchacho estaba mojado por las lágrimas, que se habían repartido por toda la cara. Sollozaba convulsivamente, y al mirar otra vez el cadáver del agente de Mateos, empezó a lanzar un histérico gemido. Don César inclinó la cabeza. Estaba temiendo que su hijo, en adelante, viera en él a un asesino; pero la raza del muchacho era de las mejores, y ahogando el gemido y tragándose los sollozos, fue hacia su padre y tendió la mano hacia el revólver que don César aún empuñaba.

-Dame... que lo... guarde... -murmuró.

Y aunque al tomarlo tuvo la impresión de que cogía un hierro candente, el hijo de don César guardó el arma en la funda, se secó las lágrimas y salió del cuarto, evitando rozar el cuerpo que había tendido en el centro de la habitación.

Nadie parecía haber oído los disparos. Durante el resto de la tarde el muchacho permaneció sentado al pie de un árbol con la mirada fija en el cuerpo sin vida que había dejado tras él, en el dormito de su padre... del *Coyote.*

Capítulo IX

Prosigue la caza

Cuando su hijo hubo salido de la habitación, don César miró a Guadalupe y comentó:

-Ha sido demasiado terrible para él. Sin embargo, no podía hacer otra cosa. De poder confiar en ese hombre le hubiera dado lo que me pedía.

-Hubiera sido inútil -murmuró Lupe, cubriendo con una manta el cadáver y cerrando con llave la puerta-. Le hubiese denunciado o le habría estado sacando dinero continuamente.

-¡Pero haber tenido que matar a un hombre delante de mi hijo...! Eso es algo que el muchacho no olvidará mientras viva.

-Es demasiado inteligente y bueno para no comprender y perdonar -murmuró Lupe-. Avisaré a Alberes para que se lo lleve.

Salió del dormitorio y regresó al poco rato acompañada del criado mudo. Éste cargó con el cadáver, después de envolverlo en la manta que lo cubría, y encaminóse al sótano para enterrarlo en el bosque tan pronto como se hiciera de noche. Luego volvió con un cubo lleno de agua y limpió las manchas de sangre.

Al poco rato de haberse marchado Alberes subió fray Jacinto. Había oído los disparos, notó el olor a pólvora quemada; pero no quiso preguntar nada. Por una vez practicaba el sistema del avestruz, que él tanto había criticado. Escondía la cabeza para no ver la verdad y no tener que escandalizarse de ella.

Examinó cuidadosamente la herida, hizo algunos comentarios acerca del buen curso que parecía llevar, y, sin quedarse a charlar, salió de la habitación.

-Ha adivinado algo -murmuró César.

-Era inevitable -replicó Lupe-. Se nota mucho el olor a pólvora. Luego quemaré un poco de incienso chino.

-¿No te produzco horror a veces, Lupe? -preguntó don César-.

La mujer movió la cabeza. ¿Cómo podía preguntarle don César aquellas cosas? ¿Es que no se daba cuenta de cuáles eran sus sentimientos hacia él? ¿Cómo podía ser tan ciego? O, ¿lo era realmente? ¿No sería que no quería ver la realidad que comprendía tan bien como la habían comprendido otros?

Lupe sintió deseos de echarse a llorar. ¿Por qué? No hubiese podido explicarlo. Y aunque hubiese podido no habría querido hacerlo. Estaba segura de que las lágrimas la aliviarían. Sin embargo no lloró. Mirando a don César, dijo de pronto:

-Todas las mujeres estamos un poco locas. Unas más, otras menos, pero todas lo estamos.

-¿Por qué dices eso, Lupe? -preguntó César, recostándose contra los mullidos almohadones apilados a su espalda.

-No sé. Tal vez lo digo porque yo también estoy loca. Hace muchos años que no he hecho otra cosa que sentir penas y tratando de no tener en cuenta mis alegrías; pero no me haga caso. Estoy nerviosa. Debe de ser por lo que ha ocurrido... Sí... es por eso... Por el peligro que... que

hemos corrido... O, tal vez, por el que aún estamos corriendo. Cuando Mateos eche de menos un agente... ¿le buscará aquí?

-¿Por qué ha de buscarlo aquí? Creerá que se ha marchado a otro lugar, o que ha sufrido un accidente. Lupe... quiero cambiar de habitación. Ésta la cerraremos. Así el pequeño podrá entrar a verme cuando quiera. Aquí no lo haría sin tener siempre la impresión de que el fantasma del primer hombre a quien ha visto matar iba a lanzarse sobre él. Estoy seguro de que se considera algo culpable de su muerte.

-Bien... así lo haré -dijo Lupe.

Estaba muy nerviosa y cuando se acercó a la cama para arreglar el embozo las manos le temblaban convulsivamente. Tanto, que el herido las cogió entre las suyas y, mirándola a los ojos, le preguntó:

-¿Qué te está ocurriendo, Lupe?

-¡Por favor, no me haga caso! -suplicó Lupe, saliendo a toda prisa del cuarto.

Al quedarse solo, don César pensó una vez más en las palabras de fray Jacinto. ¡Demonio de hombre! ¿Habría estado acertado en lo que había dicho? Pero él no veía en Lupe más que a la niña que conociera antes de salir de California para ir a completar sus estudios. Una niña que siempre le había mirado como a un dios, cosa que a él le había complacido muchísimo. Pero había pasado ya tiempo más que suficiente para que Lupe dejara de ser una niña, aunque a veces aún le seguía mirando como a un dios o, por lo menos, siempre se demostraba dispuesta a obedecer el menor y más arbitrario de sus caprichos.

Haciendo un esfuerzo recordó algunos detalles de lo ocurrido la noche anterior. Lupe había acudido a su encuentro, para salvarle, y cuando le encontró le habló como nunca le había hablado...

Lanzando un suspiro, don César decidió no seguir pensando en aquellos problemas. Eran demasiado complicados para un hombre a quien unas quince horas antes le habían extraído del cuerpo una bala de plomo del calibre 44**,** que, de haber sido disparada con un poco más de puntería, hubiese representado el final de una vida de emociones y aventuras.

Pero, ¿qué le había dicho Lupe al encontrarle en la carretera? Cada vez le interesaba más saberlo; mas cuando, al cabo de media hora, Guadalupe regresó a la habitación, César no le preguntó nada. Estaba seguro de que ella no le querría decir la verdad.

*** * ***

Durante casi todo el día los habitantes de Los Ángeles pudieron ver a Ricardo Yesares frente a su establecimiento o dentro de él atendiendo a los clientes. Se le vio vestido con su habitual corrección, y en mangas de camisa, ayudando a descargar barriles de vino que llegaban después de doblar el Cabo de Hornos. Incluso se le vio subido a una alta escalera limpiando la muestra de la posada del Rey Don Carlos.

Y a nadie se le ocurrió pensar que Ricardo Yesares estuviese herido. Por lo tanto, tampoco se le ocurrió a nadie que al limpiar con

unos algodones y trapos blancos la sangre de unos conejos que debían ser guisados, estuviera preparando las huellas que debían marcar el paso del *Coyote* por Santa Mónica.

Mientras Teodomiro Mateos rondaba por los alrededores de la fuente donde se encontró la chaqueta del *Coyote,* algunos rancheros de Santa Mónica vieron al *Coyote* con el brazo derecho en cabestrillo, y uno de ellos encontró nuevas vendas manchadas de sangre.

Al día siguiente, Teodomiro Mateos trasladó su campo hacia Santa Mónica. Cada vez más aferrado a la idea de detener vivo o muerto al *Coyote,* no quiso hacer caso de los consejos de quienes suponían que *El Coyote* sólo deseaba burlarse de él y hacerle ir de un lado a otro, entreteniéndole para impedirle realizar algunas gestiones más provechosas.

-Mientras persiga al *Coyote* no se le ocurrirá visitar a don César de Echagüe -comentó César, dirigiéndose a fray Jacinto-. Es una estrategia muy sensata. Mientras la liebre corre, el cazador no piensa en buscar su madriguera; pero cuando la liebre se esconde, el cazador empieza a buscar su escondite, utiliza perros de buen olfato y escucha hasta el menor ruido.

-Es cierto: pero ese hombre que ocupa su puesto se expone mucho.

-Se juega la vida como yo me la jugaría en su favor -respondió César-. Lo importante es que Mateos no abandone la caza antes de que yo esté en condiciones de moverme.

-¿Qué hará cuando pueda salir de casa? -preguntó el franciscano.

-Un viaje. Y luego llevaré a cabo una venganza.

-¿Contra quién?

-Contra el hombre que quiso ganar el premio que se ofrece por mi cabeza.

-¿Cree que hará bien vengándose? -preguntó el fraile.

-Haré justicia.

Fray Jacinto inclinó la cabeza. No dijo nada; pero cuando se levantó tenía en los ojos una expresión de profunda tristeza.

* * *

Durante una semana, Teodomiro Mateos anduvo jugando a la gallina ciega con *El Coyote.* Desde Santa Mónica pasó a San Gabriel, donde se había visto al *Coyote.* Luego se le vio en San Bernardino, donde asaltó a mano armada una farmacia, de la que se llevó hilas, gasas, algodones y otras medicinas. La descripción que el farmacéutico hizo del hombre que le robó, correspondía, punto por punto, a la del *Coyote.*

-De día se esconde -dijo Mateos a sus subordinados-. Busca un escondrijo seguro y allí permanece descansando. Luego, al llegar la noche, reemprende el camino.

A la noche siguiente, casi de madrugada, se vio al *Coyote* en San Fernando, y hacia allí cabalgó Mateos, que lucía ya una abundante barba. Fueron registradas la misión y las casas del pueblo, y no se halló

otro rastro que unos trapos manchados de sangre abandonados, junto con algunas medicinas, al pie de una fuente.

La última vez que se vio al *Coyote* fue en San Gabriel. Como durante dos noches no apareciera en ningún otro sitio, Mateos batió con más intensidad aquellos lugares, seguro de que tenía acorralado al *Coyote.*

Pero, al fin, cuando ya no recibió ninguna noticia, el abatido jefe de policía tuvo que regresar a Los Ángeles y para desquitarse de las penalidades sufridas mientras anduvo persiguiendo al enmascarado, aquella noche cenó en la posada del Rey Don Carlos. Concedióse un opíparo banquete y, a la hora de pagarlo, fue sorprendido con la agradable noticia de que don César de Echagüe, antes de marcharse, había abonado todo el gasto del jefe de policía.

-¿Dónde está don César? -preguntó Mateos a Yesares.

-Cenó en su reservado y al marcharse le vio a usted y me encargó que anotara todo el gasto a su cuenta -respondió Yesares.

Nadie había visto a don César en Los Ángeles y mucho menos en la posada; pero si don César hubiese querido presentar un testigo de su estancia en aquel lugar, hubiera podido recurrir a Teodomiro Mateos, que hubiese jurado haber visto a don César allí, afirmando, incluso, haber hablado con él.

Entretanto, por todo Los Ángeles y alrededores corría la noticia de que *El Coyote* se había burlado de nuevo de Teodomiro Mateos.

Otra noticia corría también por Los Ángeles. Se refería a la identidad del que había denunciado al *Coyote.* Los californianos, que se estaban contagiando de las costumbres americanas, comenzaron a cambiar apuestas acerca de los días que le quedaban de vida a Patricio Sorenas Ni por casualidad hubo nadie que no apostara a que *El Coyote* haría pedazos al traidor.

Patricio Sorenas, enterado de lo que se decía y con motivos sobrados para creer que *El Coyote* no le perdonaría, vivía encerrado en su casa, sin salir ni a comprar tabaco ni a buscar lo que don César le había ofrecido. Se pasaba la noche y e! día temiendo oír el galope del caballo del *Coyote* y presintiendo su presencia en todos los rincones de su casa. El pavor de Patricio hizo olvidar a Pilar Sorenas sus propias amarguras, y ella, que tanto consuelo necesitaba, tuvo que consolar y esforzarse en tranquilizar a su padre.

Sin embargo, nada ni nadie podía salvarle de la venganza del *Coyote,* y esto lo sabían todos, hasta Patricio Sorenas, que estaba viviendo una terrible agonía.

Capítulo X

La justicia del *Coyote*

Transcurrieron los días sin que se produjera la venganza. Patricio Sorenas comenzó a alimentar la esperanza de que *El Coyote* no se hubiese enterado del nombre de su denunciante. Doña Fermina recibió un día un mensaje de Sacramento. Se trataba de un grueso sobre traído por la diligencia y en su interior la mujer encontró seis mil dólares y una tarjeta en la que iba, tan sólo el dibujo de una cabeza de coyote. En aquella ocasión la señora fue más prudente y no dijo nada a nadie, aunque todos supusieron que *El Coyote* le había enviado el dinero que estaba invirtiendo en levantar de nuevo su hacienda.

Patricio Sorenas consiguió averiguar de dónde procedía el dinero y, ya seguro de que *El Coyote* se había olvidado de él, comenzó a vivir su vida normal. Al principio había creído observar que Guadalupe le trataba con marcado desprecio; pero pronto advirtió que la mujer le recibía siempre igual y le entregaba lo que don César había ordenado que se le diese.

Pilar Sorenas seguía su vida de monótono trabajo, cada vez más pálida, con la sonrisa cada día menos espontánea, hasta que desapareció por completo y ya no volvió a florecer más.

Durante muchas semanas el hijo de don César revivió, en sueños, el drama que había presenciado. Casi todas las noches le despertaban los disparos que hizo su padre, y siempre, al despertar, registraba con la mirada el suelo, temiendo ver en él aquel cadáver que había sido el primero que sus ojos contemplaran.

Una vez su padre le llamó. Don César ya salía a pasear y parecía restablecido.

-Debo marcharme por unos días -le dijo-. Volveré pronto.

-¿Adonde vas? -preguntó el muchacho.

-Voy en busca de un hombre que me servirá para vengarme del que traicionó al *Coyote.*

El hijo de don César hubiera querido hacer más preguntas, pero su padre le interrumpió con un ademán y una sonrisa.

-¿Qué quieres que te traiga de San Francisco? -preguntó.

Y sin esperar a que el niño le respondiese, César subió a su nueva habitación, se cambió de ropa y aquella misma noche partió hacia San Francisco.

* * *

Bill Himes no había hallado lo que buscaba. Fue a Miner's Rock con la esperanza de que, como tantos otros, se haría rico en pocas horas. Todos los buenos placeres estaban ya ocupados, y el joven se tuvo que conformar con la explotación de los que ya habían sido abandonados por poco productivos. Encontró oro; pero en tan reducida cantidad, que en dos meses no había ahorrado ni lo necesario, para pagarse el viaje de regreso a Los Ángeles.

Por eso, Bill Himes había decidido ya no volver nunca más a la población que había abandonado con la esperanza de poder regresar a

ella cargado de riquezas.

No es que no pensara en Pilar. Durante las noches, mientras fumaba sentado frente a la hoguera las llamas dibujaban su rostro. Cuando iba al arroyo a buscar agua, veía en el líquido cristal, junto al suyo, el reflejo de la cara de Pilar. En las horas de intenso sol, cuando de la tierra parecía elevarse una temblorosa neblina, entre los destellos de luces veía a Pilar.

Pero no podía volver a ella como un vencido.

Por eso no contestaba a las cartas que le enviaba la joven. Y para tener el valor suficiente de negarse a responder a ellas, las rompía sin abrirlas *y* las tiraba al fuego a medida que las iba recibiendo.

Algunas veces iba a Miner's Rock y probaba fortuna en los diversos juegos de azar. Sólo conseguía perder lo poco que tenía ahorrado y alejar cada vez más su regeneración.

En las casas de juego conoció a Pock Ryner y a Jim Talbot. Los dos se habían fijado en su mala suerte *y* varias veces cambiaron entre sí significativas miradas que para el joven pasaron totalmente inadvertidas.

Pock y Jim tenían dos placeres vecinos. Debían de ser los mejores, pues tanto Pock Ryner como Jim Talbot sacaban grandes cantidades de oro que depositaban en la oficina de la Wells y Fargo.

Un día Bill Himes se vio abordado por Pock.

-Estás pegado a una vena de mala suerte, ¿verdad? -preguntó el minero.

Bill admitió que, en efecto, parecía estar enganchado a la mala fortuna, pues todo cuanto tocaba se estropeaba.

-Tienes que hacer algo para librarte de esa mala fortuna -le dijo Pock-. Lo mejor que puedes hacer es cambiar de sistema. ¿Conoces al viejo Huck?

-¿El que ha encontrado hoy una pepita de seis kilos de peso?

-No es una pepita, es un peñasco -sonrió Pock-. Pues bien, el viejo Huck necesita alguien que le ayude y que cuide de su campamento. Ve a verle esta noche. Le hemos hablado de ti y está dispuesto a aceptarte como socio. Tú te encargarás de los trabajos más molestos y a cambio recibirás la mitad de lo que él encuentre. Y puedes afirmar que no existe minero más afortunado que el viejo Huck.

Bill dio las gracias por el favor. Corrió a su pobre campamento y, cogiendo su rifle, emprendió la marcha hacia el placer del viejo Huck. El llevar consigo aquel arma no fue un gesto casual, sino muy necesario, porque, como en todos los yacimientos de oro, en Miner's Rock abundaban los robos y, últimamente, los asesinatos. Era imprudente pasear de noche por aquellas desoladas tierras y hasta con armas no iba seguro el que lo intentaba. Bill Himes estaba convencido de que nadie le molestaría, porque se conocía su pobreza y ni siquiera el rifle que empuñaba era capaz de despertar la codicia de los bandidos.

El placer del viejo Huck estaba en la parte más alta, en el antiguo lecho de una cascada. Huck fue el primero en llegar a Miner's Rock y, por lo tanto, eligió el mejor sitio. Nadie lo criticaba por ello ni nadie consideraba que hubiera obrado ilegalmente al escoger un lugar tan

bueno. El placer de Huck era una especie de enorme taza en la que muchos siglos antes habían caído las aguas de la cascada. Por ello, en un lecho de fina arena, que no ofrecía grandes obstáculos al trabajo de la pala y del pico, el viejo Huck había ido encontrando una fortuna en pepitas, polvo y grandes trozos de oro puro arrastrado por las aguas del primitivo río y que al caer por la cascada, se quedó allí en espera de, como decían todos los mineros, que llegara el viejo Huck a recogerlo.

Bill Himes alcanzó al fin el camino que conducía al campamento de Huck y pasó junto a otros campamentos cuyos dueños o estaban durmiendo o se habían marchado al poblado para distraer su tedio bebiendo, jugando o bailando, únicas cosas que se podían hacer allí.

En el campamento de Huck una hoguera agonizaba. La cafetera se había vertido sobre ella, apagándola casi por completo. En un lado se veía la sartén con unas lonjas de tocino a medio freír. En otro lado aparecía un gran tazón con harina preparada para las tortas.

Todo estaba sin hacer o medio hecho, y la hora no era la más indicada para ello. Bill, algo extrañado, buscó con la mirada a Huck y, no viéndole por parte alguna, fue hacia la tienda de campaña del minero.

No necesitó entrar en ella. El viejo Huck estaba tendido al otro lado de la tienda, donde no alcanzaba la escasa luz de la hoguera, y su inmovilidad era tan significativa que Bill comprendió en seguida que el hombre estaba muerto. Se arrodilló junto a él, y, de momento, creyó que la muerte le había llegado a Huck a causa de sus muchos años; pero al ir a comprobar si, efectivamente, Huck estaba muerto o desmayado, Bill sintió que la mano se le manchaba de un líquido pegajoso, ya casi frío, y comprendió, horrorizado, que el viejo había sido asesinado.

Poniéndose en pie de un brinco, Bill secóse la mano en la lona de la tienda y recogiendo su rifle escapó de allí. Regresó a su campamento y, sin detenerse más que el tiempo justo para recoger un poco de oro, siguió hasta Miner's Rock, entró en una taberna y pidió una copa de whisky.

El tabernero colocó ante él una botella y un vasito. Al ir a llenarlo, Bill derramó parte del líquido.

-Estás muy nervioso -comentó el dueño del establecimiento, tomando nota, mentalmente, del licor que se había derramado.

Bill Himes no contestó y de un trago vació el vaso, volviendo a llenarlo y a vaciarlo un par de veces sin hallar el alivio que esperaba.

Como llevado por una súbita inspiración, Bill fue a sentarse a la mesa de la ruleta y apostó todo el oro que le quedaba a un número. Era un pleno y la bolita, que tantas veces le había burlado, ahora le favoreció. Y volvió a favorecerle con débiles interrupciones durante las dos horas que siguieron.

Un mejicano sentado en un extremo del local y que se cubría casi todo el cuerpo, especialmente la cara, con un sarape de varios colores, seguía, curiosamente, la inconcebible buena racha de Bill Himes, que tenía ya ante él un montón de, por lo menos, treinta mil dólares

Siguió Bill con su buena suerte y no advirtió la llegada de un grupo de mineros de rojas camisas que entraron en la taberna y, tras

dirigir una escrutadora mirada a su alrededor, como si esperasen encontrar a alguien, al ver a Bill cambiaron significativas miradas y, con mayor seguridad, avanzaron hacia el centro del local, colocándose de forma que nadie pudiera salir sin tropezar con ellos.

Bill acababa de aumentar en dos mil doscientos dólares más su montón cuando uno de los mineros apoyó fuertemente una mano en su hombro.

-¿Qué...? -empezó Bill, volviéndose-. ¿Qué quieres?

-Tenemos que hablar contigo, Bill -replicó el minero-. Recoge tu oro y déjalo al cuidado del dueño. Él lo guardará.

-Pero, ¿qué sucede? ¿Por qué queréis...?

-¿Estuviste en el campamento del viejo Huck? -preguntó el minero.

La pregunta turbó visiblemente a Bill. Por un momento pensó en decir la verdad; pero al fin movió negativamente la cabeza.

-No... no he estado.

Los mineros se miraron. La respuesta de Bill Himes era una confesión de culpabilidad.

-Te vieron allí -dijo el minero que le había hecho levantar de la mesa de juego-. Y en tu campamento se ha encontrado la gran pepita de oro que ayer consiguió el viejo Huck. ¿Dónde escondiste el resto del oro robado?

El asombro hizo enmudecer a Bill. ¿Qué significaba...? ¿Por qué le acusaban de algo que no había hecho?

En un momento quedó constituido el tribunal minero. En la misma taberna se preparó todo y a los quince minutos estaban elegidos jueces, jurados, acusador y defensor. Sobre los espectadores recaería la tarea de ejecutar la sentencia.

Como en sueños, Bill Himes escuchó los cargos que se hacían contra él. Se le acusaba, en primer lugar, de haber robado al viejo Huck la enorme pepita de oro encontrada por él. Como el robo no había podido realizarse sin recurrir a la violencia, también se acusaba a Bill del asesinato de Huck, y se exhibía un cuchillo que Bill reconoció ser suyo y que, manchado de sangre, fue hallado entre unos matorrales próximos a su campamento.

Indio Joe, perito en huellas, reconoció que varias de las encontradas en el campamento de Huck sólo podían proceder de los zapatones que calzaba Bill Himes.

Pock Ryner habló para afirmar que consideraba a Bill incapaz de cometer semejante asesinato; pero admitió que él había aconsejado al joven que fuese a ver a Huck, pues tenía la seguridad de que el viejo minero le hubiera ayudado.

Desfilaron otros testigos que aseguraron haber visto a Bill Himes dirigirse al campamento de Huck, aunque todos agregaron que no habían oído ningún grito de agonía.

Ante una sugerencia del acusador, le fueron examinadas las manos a Bill y en la derecha se encontraron, sobre todo en las uñas, huellas de sangre.

-¡Yo se lo explicaré todo! -gritó Bill-. Sí, estuve en el campamento

del señor Huck; pero no lo maté. Fui allí a verle porque el señor Ryner me lo aconsejó. ¿Por qué iba a matarle?

-La respuesta es fácil -replicó el fornido minero que hacía de juez, apoyando significativamente la mano en la enorme masa de oro.

Bill se tambaleó. En los ojos del juez y en los del jurado vio cuál iba a ser la sentencia. En el tiempo que llevaba en Miner's Rock había presenciado varias ejecuciones cuyo recuerdo no se borraría en muchos años de su memoria. Sabía que era inútil suplicar, hacer protestas de inocencia, tratar de convencer a todos de que se estaba cometiendo un tremendo error. Aquella gente creía, honradamente, obrar bien, y no retrocedería un paso. Vivían en una tierra sin ley, y en cuantp demostraran alguna debilidad, los enemigos de la justicia se impondrían arrolladoramente. Por eso tenían que ser implacables. Aunque muchos habían sentido simpatía por Bill Himes, ahora le consideraban no sólo culpable de la muerte del viejo Huck, sino también de otros muchos asesinatos y robos que se habían cometido en los últimos meses.

Exigiendo silencio, el juez dirigióse a los jurados para preguntarles cuál era su veredicto en aquel caso. Uno a uno, los mineros pronunciaron la palabra «culpable». El juez se disponía a dictar ya sentencia de muerte en la horca, cuando una voz pronunció con gran fuerza la palabra:

-¡Inocente!

-¿Qué... significa esto? -preguntó el minero que hacía las veces de juez-. ¿Quién ha hablado?

-Yo -respondió la misma voz. Y el mejicano que había estado sentado en un rincón de la taberna se abrió paso por entre la masa de espectadores y llegó hasta donde estaba Bill.

Era un hombre alto, delgado, de movimientos ágiles, casi felinos. Se cubría la cabeza con un sombrero mejicano y llevaba un rico sarape a modo de embozo que no dejaba al descubierto más que la parte correspondiente a los ojos, que quedaban velados por la sombra que proyectaba el sombrero.

Todos observaron que de su cintura pendían dos revólveres cuyas fundas llevaba sujetas a las piernas.

De pronto, sus manos, que hasta entonces habían estado vacías, aparecieron armadas con los dos revólveres. Hubo un movimiento general de alarma; pero, ante el asombro de todos, el mejicano avanzó hacia Pock Ryner y Jim Talbot, a quienes obligó a volverse hacia el juez, previniendo:

-Y no sean locos, si no quieren sufrir un disgusto antes de tiempo.

Demasiado sorprendidos para reaccionar, Pock y Jim obedecieron. El mejicano enfundó el revólver que sostenía con la mano izquierda y con ella desarmó a los dos hombres, tirando sus revólveres sobre la mesa del juez. Entonces, quitándose el sarape, dejó ver la máscara que cubría su rostro.

-*¡El Coyote...!* -exclamó el juez. Y tuvo que sentarse, porque las piernas se negaron a sostenerle.

El nombre del famoso enmascarado corrió por todos los labios. También Pock y Jim tuvieron que sentarse, porque sus piernas parecían haberse vuelto de agua.

-Ya sé que me expongo mucho al venir aquí -siguió *El Coyote,* que volvía la espalda a la mayoría de los mineros-; pero sé que sois honrados y que os alegraréis de que os evite el cometer una injusticia. Ese muchacho es inocente. Os lo demostraré con sólo un detalle. Que uno de vosotros coja un hacha y descargue un hachazo contra ese oro.

Tras una breve vacilación, uno de los mineros empuñó un hacha y descargó un fortísimo hachazo contra el enorme pedrusco.

-Ya está -anunció.

-Examinad el corte -dijo el enmascarado-. ¿Es todo oro?

Pock y Jim hicieron un movimiento como para huir; pero *El Coyote,* que había vuelto a empuñar sus revólveres, los hundió significativamente en los riñones de los dos hombres.

-¡Debajo hay plomo! -exclamó el juez-. ¿Cómo es posible...?

-Creo que el dueño del almacén de Miner's Rock nos podrá decir quién le compró esta mañana varios kilos de plomo -dijo *El Coyote.*

El aludido se abrió paso, anunciando:

-Es verdad. Ryner y Talbot me compraron todos los lingotes de plomo que yo tenía. No comprendo por qué lo hicieron...

-Es muy fácil fundir el plomo, verterlo en un molde de arcilla ya preparado con la forma más o menos parecida a la de la pepita que halló el viejo Huck -siguió *El Coyote-.* Luego es aún más fácil fundir medio kilo de oro e irlo vertiendo sobre el plomo hasta darle un baño bastante grueso de oro legítimo. Una vez hecho esto, sólo era necesario llevar a Bill Himes al campamento del viejo Huck para que se le viese allí. Antes ellos asesinaron al viejo y le quitaron todo el oro que tenía escondido en algún lugar de su campamento. Guardaron la gran pepita de oro y colocaron la falsa en el campamento de Bill Himes, a quien antes le habían quitado el cuchillo con el cual cometieron el crimen. Registrad bien el campamento de estos dos canallas y encontraréis toda la fortuna del viejo.

Pock Ryner y Jim Talbot lanzaron una imprecación y quisieron precipitarse sobre sus armas, que estaban ante el juez, pero *El Coyote,* como si hubiese adivinado sus intenciones, levantó las manos y con los revólveres golpeó a la vez a los dos hombres, haciéndoles caer sin sentido. Luego fue a sentarse en la mesa del juez y esperó a que regresaran los que habían ido a comprobar si las palabras del *Coyote* eran ciertas.

Cuando el juez los vio regresar cargados de saquitos de oro y uno de ellos trayendo la legítima pepita de oro, sólo tuvo que mirar a los jurados, que aún permanecían en sus puestos, para declarar inocente a Bill Himes, con derecho a una indemnización por el susto sufrido, y culpables a los dos hombres, que al recobrar el conocimiento se habían encontrado sólidamente maniatados.

La sentencia sólo podía ser una y se cumplió en menos de diez minutos, a pesar de los alaridos y maldiciones de Pock y Jim, que sólo callaron cuando las cuerdas ceñidas a sus cuellos ahogaron su voz y su

vida para siempre.

-Muchas gracias por habernos salvado de condenar a un inocente -dijo el improvisado juez, dirigiéndose al *Coyote-.* Aquellos bandidos lo habían planeado todo muy bien.

El Coyote sonrió, estrechando la mano que el hombre le tendía.

Luego el juez preguntó a los presentes si les parecía bien que a Bill Himes se le regalara la enorme pepita de oro como compensación por el susto sufrido.

Todos se mostraron conformes, y Bill se encontró con treinta mil dólares ganados en una afortunada racha, más aquel pedrusco de oro que valía una verdadera fortuna.

-Ahora -le dijo *El Coyote-,* vuelve a Los Ángeles sin gastar un centavo. Allí te espera, medio muerta, Pilar. Involuntariamente has sido la causa de muchos males... No aumentes tus culpas retardando el cumplimiento de la promesa que le hiciste.

Embozándose de nuevo con su sarape, *El Coyote* saludó con la mano a los mineros y salió de la taberna. En seguida montó a caballo y se perdió en la oscuridad de la que parecía haber surgido para salvar la vida a un inocente y aplicar su recta justicia a dos culpables.

Capítulo XI

La venganza del *Coyote*

Patricio Sorenas temía la llegada de la noche. Durante el día estaba casi seguro de que no se vería frente al *Coyote;* pero en cuanto se ocultaba el sol, mil temores y angustias se ceñían a su cerebro, haciéndole ver peligros por doquier, oír pasos a su espalda, escuchar voces que sólo sonaban en su imaginación.

A medida que pasaba el tiempo, aumentaba su seguridad de que *El Coyote* no podía dejar de vengarse. ¿Cómo lo haría? Sin duda de alguna manera terrible...

Como había imaginado, la venganza llegó en el momento en que menos la aguardaba. Cuando empezaba a creer que *El Coyote* le había olvidado, le vio aparecer ante él a corta distancia del rancho de San Antonio, mientras regresaba de recoger los víveres que don César le hacía entregar. *El Coyote* surgió de detrás de unos arbustos cuando la carretera estaba totalmente desierta.

-¡Oh! -gimió Sorenas-. ¡Por favor, no me mate!

Cayó de rodillas sin que *El Coyote* hubiese desenfundado sus revólveres ni le hubiera amenazado.

-Levántate -le ordenó el enmascarado. Sorenas obedeció y, sin hacer ninguna resistencia, se dejó vendar los ojos y atar las manos. Se

sabía en manos del *Coyote* y comprendía que todo cuanto hiciese no le serviría de nada. Por lo tanto, era preferible no irritar a aquel terrible personaje, a quien no faltaban motivos de ira contra él.

Cogiéndole de un brazo, *El Coyote* llevó a Sorenas por un difícil sendero y al cabo de un rato le advirtió que inclinase la cabeza si no quería pegarse un buen golpe.

Obedeció Sorenas y comprendió, por el súbito enfriamiento del aire, que entraban en una cueva.

De haber tenido los ojos descubiertos hubiese visto que la advertencia de que bajara la cabeza era superflua, ya que la entrada de la cueva era capaz de admitir el paso de un hombre no muy alto montado en un caballo normal.

Durante unos diez minutos Sorenas avanzó por el subterráneo hasta llegar a un punto donde el suelo era ya de losas de piedra. Poco después, *El Coyote* le ordenó que se detuviera y le oyó abrir con llave una puerta. Un empujón le precipitó dentro de un cuarto o celda y mientras recobraba el equilibrio oyó cómo la puerta era cerrada tras él.

Jamás había sentido Sorenas un terror comparable al que experimentaba en aquellos momentos. No se atrevía a moverse, por miedo a caer en alguna trampa. Con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, sentíase perdido y desvalido.

Los minutos transcurrieron con la lentitud de las horas, y éstas se convirtieron en días. Con el terror atenazándole la garganta, Patricio Sorenas perdió la noción del tiempo y al cabo de tres horas de estar allí ya no sabía si habían transcurrido veinticuatro o cien. Por fin tuvo que dejarse caer al suelo, y allí, temblando de miedo y también de frío, aguardó que llegara el momento de su muerte.

Por fin oyó abrir la puerta y escuchó unos pasos. Todos sus sentidos quedaron en tensión, aguardando el disparo o la cuchillada que debía terminar con su vida. Como si comprendiese sus terrores, el que había entrado permanecía inmóvil y Sorenas sólo oía su respiración, aunque de pronto se dio cuenta de que la respiración que escuchaba no era la del *Coyote,* sino la suya propia.

De pronto una recia mano le obligó a levantarse y a salir de la celda.

Después de caminar un rato por un suelo cubierto de losas de piedra, Sorenas fue librado de su venda. La luz de vanas lámparas le hirió en los ojos, obligándole a cerrarlos.

Cuando al fin se acostumbró a aquella claridad, vio de nuevo al *Coyote.* Detrás de una mesa, sobre la que había tres lámparas, provistas de potentes reflectores, que impedían ver nada de lo que se ocultaba al otro lado, se oía un débil ruido que indicaba la presencia de una o más personas.

-¿Sabes lo que te aguarda, Sorenas? -preguntó *El Coyote,* que paseaba ante él.

-¡Perdón! -gimió el infeliz-. ¡Por favor, no me mate, señor *Coyote*!

-Por tu culpa me hirieron gravemente.

-No sabía lo que me hacía, señor.

-Fuiste a Los Ángeles, hablaste con Mateos; entre tú y él lo

preparasteis todo.

-¡Él fue quien tendió la trampa!

-En Teodomiro Mateos no es ningún pecado el perseguirme -replicó *El Coyote-.* Al hacerlo cumple con su obligación. Pero tú, en cambio, al denunciarme faltaste a una ley que todos respetan. He sido siempre vuestro amigo. Y la vida es poco para pagar esas traiciones.

-Le juro que no sabía lo que me hacía... -repitió Sorenas-. No lo sabía. Además, usted nunca me había ayudado. Mi hija estaba enferma... yo quería aliviar sus penas.

-¿Vendiendo la vida de un hombre? Bonita manera. ¿Sabes cómo se venga *El Coyote* de los que le traicionan?

-Tenga piedad de mí...

-¿Es que tú la tuviste de mí? En estos momentos sólo lamentas que el disparo de Teodomiro Mateos no fuese más certero. De haberme matado, ahora tendrías diez o quince mil dólares y serías feliz.

-¡Le juro que me arrepentí en seguida! En cuanto lo hube hecho.

-¿Por qué no procuraste avisarme de que me esperaba una trampa?

-No sabía cómo hacerlo...

-Ni lo intentaste. Sorenas, te voy a castigar porque lo mereces. Y mi castigo te va a doler mucho. Vuelve a tu casa y cuando veas lo que allí te espera comprenderás cuál es mi venganza.

El Coyote cogió el trapo con que había vendado los ojos a Sorenas y lo volvió a colocar en su sitio; luego, tomando del brazo al hombre, lo llevó, pasillo adelante, hasta la cueva que salía al campo. Desde allí lo condujo hasta la carretera y, cortándole las cuerdas que le ataban las manos, le quitó también la venda.

Era de noche y Sorenas no hubiese podido decir si era la noche del mismo día en que había sido detenido por *El Coyote* u otra posterior.

-Sigue adelante, sin volver la cabeza. Si lo haces, tropezarás con una bala.

Sorenas no se hizo repetir la orden y echó a andar apresuradamente. En media hora llegó a la vista de su casa. Durante todo el rato sólo pensó en qué venganza emplearía contra él *El Coyote.*

Cuando vio su casa, el corazón se le paralizó. La luz se filtraba por todas las ventanas y aquella exagerada iluminación le hizo temer que hubiera ocurrido alguna terrible desgracia.

Tardó casi diez minutos en decidirse a entrar. Sólo lo hizo cuando hasta sus oídos llegó, inconfundible y casi increíble, la risa de Pilar. Sí, ella reía...

Empujó la puerta y entró. En casa se encontraba su hija, doña Fermina y... Bill Himes, vestido con una elegancia extraordinaria y sosteniendo entre sus manos la de Pilar, en cuyo dedo anular brillaba un hermoso anillo.

-¡Papá! -gritó Pilar, corriendo hacia él-. ¡Oh, papaíto! Ha ganado una fortuna.

Con voz entrecortada por la emoción y por la alegría, que había hecho de ella una mujer nueva, Pilar fue contando todo lo ocurrido a su

novio.

-...y *El Coyote,* llegando a tiempo, le salvó cuando ya le iban a ahorcar acusándole de asesinar al pobre minero...

Patricio Sorenas sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. ¿Sería posible que aquella fuese la venganza del *Coyote*? ¿Cómo podía aquel misterioso hombre pagarle con un bien tan grande su infame traición?

«Vuelve a tu casa y, cuando veas lo que allí te espera, comprenderás cuál es mi venganza.»

Las palabras del *Coyote* resonaron de nuevo en sus oídos. Y de pronto se dio cuenta de que no se atrevía a mirar a los ojos a su hija, ni al que debería ser su yerno, ni a la mujer cuya indiscreción le dio la base para tender la trampa contra *El Coyote.*

Aquella era la venganza, porque con su acción *El Coyote* le obligaba a sentirse avergonzado de sí mismo, a maldecir su locura y su canallada y a desear, fuera como fuese, devolver el inmenso favor recibido, porque nada podía haberle hecho tan dichoso como ver, por fin, feliz a su hija.

Epílogo

Después de quitarse el traje de *Coyote,* don César abandonó el sótano acompañado de su hijo. Éste miraba orgullosamente a su padre. Le había visto matar a un hombre en un momento en que no podía hacer otra cosa, pues su vida y la seguridad de todos los suyos estaban en peligro. Luego, cuando pudo castigar a un traidor, lo hizo utilizando la más honrosa de las venganzas: el perdón.

Guadalupe los vio llegar. La aventura había terminado. El peligro había quedado atrás. Ahora se presentaban unos días de paz y de esperanza, de ocultar sus sentimientos en espera de que llegara un día en que el hombre que para ella lo era todo se diese cuenta de esta realidad.

César de Echagüe apartóse de su hijo y fue hacia la terraza donde estaba Guadalupe.

-Ya le he dejado en libertad -explicó-. Se fue con un buen susto.

-Ahora bendecirá su nombre.

-No estoy tan seguro de eso, Lupita -replicó don César-. El ser humano tiene la terrible condición de pagar con odio los favores que se le hacen. Pero si no podemos cambiar a los demás, al menos podemos intentar no ser nosotros iguales que ellos. Yo he sido, también, muy ingrato.

-No... -musitó Lupe.

-Sí, Lupita. He sido muy ingrato. Y lo he sido contigo especialmente. Toda tu vida la has dedicado a servirme, a hacer lo que

yo he querido, aliviar mis tristezas y a soportar mis malos humores. ¿Qué pago te he dado a cambio de todo eso?

-Yo no exigía ninguno.

-¿Ni lo exiges ahora?

Sintiendo una dolorosa opresión en el pecho, que de tan dolorosa casi era embriagadora, Lupe contestó:

-Ni ahora.

-¿Prefieres dar a que te den?

Con mirada fija en las estrellas que había en el firmamento, Lupe contestó:

-De mí depende el dar. De mí no depende el que me den. Por eso prefiero dar.

César también clavó la vista en las estrellas. Eran muchos los que creían que en el firmamento está escrito con letras de plata el pasado y el porvenir de cada uno. El pasado de Lupe y el de él los conocía. ¿Cuál sería su porvenir? ¿Marcharían los dos unidos o se separarían violentamente, como aquellas dos estrellas que un momento antes parecían brillar juntas y una de las cuales descendía en aquel instante, dejando tras sí una cola de plateadas llamas?

jlv